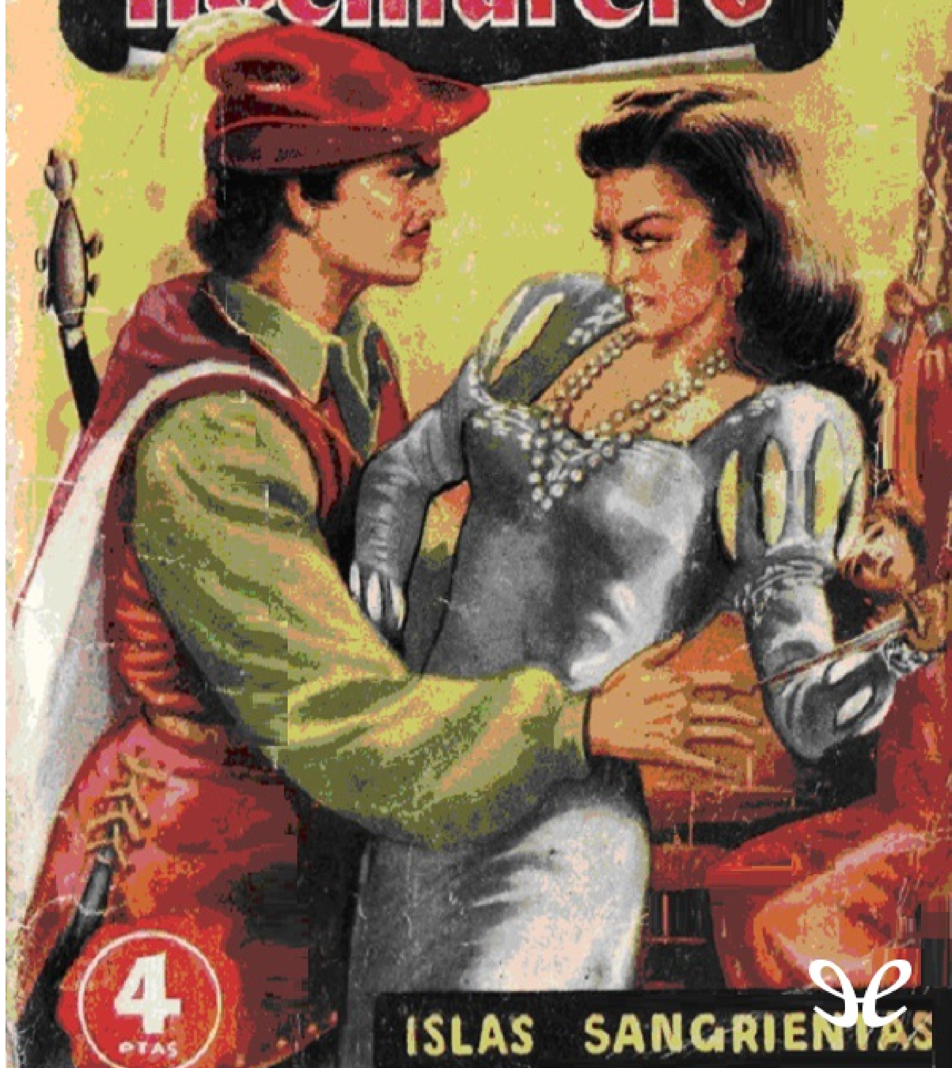
ARNALDO VISCONTI

El Galante Aventurero



En las naves de Abdul Hamez, el pérfido pirata turco se divierte humillando y torturando a sus galeotes; entre ellos aparece Stronck Goldstein, hermano de Beatriz y sobre todo el corsario bretón Truand Lascar, fuerte, vehemente y violento. Aparece un efebo bello y amanerado, diversión del pirata, que sólo después de mucho turbar e indignar a Lascar se descubrirá que es mujer disfrazada. En tierra todo se complica.



Arnaldo Visconti

Islas sangrientas

El Galante Aventurero - 05

ePub r1.0
xico_weno 15.08.16

Título original: *Islas sangrientas*
Arnaldo Visconti, 1949
Ilustraciones: Jaime Provensal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



ARNALDO VISCONTI

El Galante Aventurero




ISLAS
SANGRIENTAS

CAPÍTULO PRIMERO

ABDUL HAMEZ, EL PODEROSO

En los albores del siglo XVI, las naves que ostentaban el pabellón de la media, luna, dominaban por entero el litoral meridional del Mediterráneo.

Una de las cansas de su poderío era la discordia reinante entre las naciones europeas, que ocupadas en continuas disensiones y rivalidades, tenían harto quehacer con sus internos problemas, para preocuparse en exceso por el constante predominio de las naves del Islam.

No faltaban valerosos capitanes que salían a combatir en defensa de las costas amenazadas, pero aquellas aisladas expediciones, mal pertrechadas e inferiores en número a los bajeles turcos, terminaban siempre en rotundas derrotas.

No obstante, el motivo primordial del imperio de la media luna en las aguas del Mediterráneo, debíase a una razón técnica, y a un factor humano.

La razón técnica, era que las naves mahometanas disponían, además de lonas, de bancos.

Llamábanse así los maderos transversales que cruzaban el puente inferior y sobre los que, encadenados por los tobillos, remaban cautivos. Cuando por no soplar brisas, las lonas pendían lacias, inmovilizando a las naves europeas, surgían entonces a fuerza de remo, las naves turcas.

Este arte, que por demasiado conocido, no constituía secreto alguno, formaba parte del triunfo básico de los que, no deteniéndose a consideraciones humanitarias, empleaban los cautivos forzudos, en servir de suplementos del elemento aire.

Y mientras cada nación imponíase el deber de ir suprimiendo

galeotes —que así llamábanse los bajeles donde remaban encadenados— el vasto Imperio del Gran Visir, acrecentaba sus flotas y sus victorias.

Uno de los más señalados piratas turcos fue Abdul Hamez, el Poderoso, quien desde hacía veinte años cosechaba triunfo tras triunfo.

Llegó a convertirse en el brazo derecho del Gran Pachá. Su fama cundió allende las fronteras, y la leyenda hablaba de su prestancia, de su astucia, de su arrogante figura de ave de presa.

Pero los años no pasan en balde, aunque la leyenda siga perdurando, y forje imágenes atractivas de los hombres que al igual descuellan en bien o en mal.

El Poderoso Abdul Hamez, tras llegar a disponer como único capitán de tres galeotes, y después de veinte años de correrías, distaba mucho de ser ya el arrogante y apuesto mahometano.

El hombre, que en playa norteña de la isla de Cerdeña, sentábase sobre profusión de cojines, y bajo dosel recamado de oro bordado, era Abdul Hamez.

Adiposo, con triple papada invisible bajo la gran barba, pero abultando la verde seda de su faja al impulso de las bolsas del estómago y el vientre, Abdul Hamez, rodeado el cráneo de turbante rojo donde destacábase la media luna de perlas, tenía en el fláccido semblante las huellas del vivir accidentado.

Los turbios ojos acuosos, la colgante nariz colorada y sus tardos movimientos, hablaban de senilidad física. Pero su mente seguía siendo astuta y taimada, aumentando con los años la crueldad que le caracterizaba.

Fumando el narghilé aspiraba por el largo tubo, exhalando lentas y copiosas bocanadas, mientras su zurda acariciaba las varias cuentas que componían los muchos collares que rodeaban su busto.

Contemplaba aburrido la imagen de las tres galeotas, que reflejaban en las quietas aguas los palos en cruz, enrolladas las velas, y los remos hundidos diagonalmente en el agua.

Abdul Hamez, el Poderoso, se aburría…

A bordo, durmiendo en posturas dificultosas, pero con el cuerpo ya acostumbrado a toda incomodidad, los galeotes descansaban.

Tendido en cruz sobre los bancos y en el centro de ellos, a modo de puente, erigíase el madero por donde deambulaba, ahora con el

látigo enrollado, el cómitre o encargado de azuzar a los remisos.

Las tres galeotas componíanse de dieciséis bancos, en cada uno de los cuales, doce hombres, en dos grupos de seis, manejaban el largo y pesado remo.

Las tres galeotas, a proa, prolongábanse en agudo espolón. Y en lo alto del mástil, el pabellón de la media luna parecía desafiar orgullosamente al cielo, al mar y al viento.

En la playa, tras el dosel, una decena de esclavos nubios, fornidos etíopes, y varios turcos, formaban el séquito habitual de Abdul Hamez, prestos a cumplir con ligereza de pies, cualquier orden.

Abdul Hamez, quizás por verse condenado a tardos movimientos, él, que había sido ágil batallador, exigía sin palabras la mayor prontitud física en obedecer sus mandatos.

Sentado a sus pies, un adolescente, de largos cabellos rubios y esbelto cuerpo, vestido a la europea con ricas sedas, parecía ensimismado contemplando el mar, que en la bahía, relucía intensamente azul bajo el fulgor del sol mañanero.

Abdul Hamez, como si el gesto le costara arduos esfuerzos, entregó su narghilé al adolescente, y entrechocó por dos veces las palmas de sus manos.

Ante él, y apenas habíanse extinguido los débiles ecos de las dos palmadas, se prosternó profundamente, tocando con la frente la arena, un etíope de rostro aguileño.

—El segundo cómitre de cada nave —limitóse a decir al pirata.

El etíope levantóse para correr como si le persiguiera un espíritu, y llegando a la orilla lanzóse al agua; nadando con vigorosa rapidez, fue aproximándose a cada casco.

Desde el agua, gritó algo.

Minutos después, tres hombres, llevando bajo el brazo el látigo insignia y emblema de su profesión, desembarcaban de pequeñas chalupas.

Los tres, al llegar ante el capitán de las tres naves, prosternáronse profundamente, y en esta postura, aguardaron las lentas palabras del Poderoso Abdul Hamez.

El adolescente seguía mirando al horizonte, como ausente…

—Cada uno de vosotros elegirá al más fuerte de los cautivos.

Hizo una pausa, Abdul Hamez, resoplando.

—Debe de ser, además, hombre de mar. Id.

Mientras a todo correr alejábanse los tres cómitres a cumplir con lo ordenado, Abdul Hamez extendió la diestra.

Sus gruesos dedos redondos y blancuzcos introdujéronse entre los sedosos cabellos rubios del adolescente, que ladeando el rostro le miró seriamente.

—Hay nostalgia en tus ojos, Alim.

El adolescente no replicó. Abdul Hamez continuó:

—¿Es la ausencia de Rasuni lo que te entristece?

Con tenue voz, Alim replicó:

—Rasuni entretenía mucho mis horas, Poderoso.

—Volverá.

Reinó de nuevo el silencio.

En la playa, los tres cómitres reaparecieron un cuarto de hora después, empujando con el mango de sus látigos, pues no querían mancharse las manos tocando carne de infieles, a tres individuos.

Encadenados de tobillos y manos, los tres galeotes avanzaban con dificultad. Vestían el somero trapo, prenda única de los cautivos del remo. Un harapo que rodeándoles la entrepierna, anudábase en cinto alrededor del talle. Barbudos, ojerosos, y con muestras de algún que otro verdugón huella de latigazos, tenían la mirada cansina y el gesto fatigado.

A la vez, los tres cómitres les obligaron a arrodillarse, empleando para ello el mango del látigo en fustazo elocuente contra las nucas.

El índice de Abdul Hamez señaló a uno de los arrodillados.

—Stronck Goldstein, Poderoso —presentó el cómitre—. Entiende la parla italiana, y navegó en galeón apresado en Sicilia, que mandaba capitán infiel de mares del Norte.

El llamado Stronck Goldstein, rubio, de compacta y maciza musculatura, era más bien corto de talla, o así lo parecía por la desmesurada anchura de sus hombros.

—Enzio Poggio —presentó el otro cómitre—. Patrón apresado en aguas del Egeo.

El italiano era corpulento, casi rechoncho, y su rostro expresaba una ferocidad contenida.

—Truand Lascar —declinó el tercer cómitre—. Galo bretón. Era corsario infiel, y hundió con su bajel, una nave del Gran Visir.

Truand Lascar, en comparación con los otros dos cautivos, parecía delgado.

Alto, acerado, fibroso, sus cabellos eran de un rubio obscuro, y sus ojos extrañamente azules.

A la señal de Abdul Hamez, los tres mangos de látigo hicieron comprender a los cautivos que podían levantarse.

La mirada turbia y aburrida de Abdul Hamez se posó despaciosamente en la anatomía de los tres galeotos. Después miró los rostros.

Y parecía hablar sólo para Truand Lascar:

—Necesito un perro como vosotros, para navegar como blanco, hacia puerto que yo señalaré —fue diciendo en perfecto italiano, bien modulado, con claridad—. Dadme primero prueba de vuestra sabiduría. Habla tú, el que tienes nombre duro.

El índice de Abdul Hamez señaló al tudesco Stronck Goldstein.

—¿Qué eras en tu tierra?

—Capitán reitre —dijo guturalmente el cautivo, y, calló.

Abrió Abdul Hamez la mano para mostrar tres dedos.

El cómitre, a espaldas del tudesco, descargó su látigo por tres veces sobre las desnudas y anchas espaldas del capitán reitre, diciendo a cada latigazo:

—Poderoso… Poderoso… Poderoso…

—¿Qué eras en tu tierra? —volvió a preguntar Abdul Hamez.

El tudesco, que a cada azote había cerrado los ojos, doblando la cabeza y arqueando el lomo, replicó:

—Capitán reitre, Poderoso.

—¿Qué es reitre?

—Mercenario pagado para combatir, Poderoso.

Los acuosos ojos del pirata turco miraron ahora al italiano.

—¿Qué eras tú en tu tierra?

—Patrón de barquichuelo pesquero, Muy Poderoso —dijo, con untuosidad, el italiano—. Mandaba en veinte perros infieles, Muy Poderoso.

Abdul Hamez desvió la vista para mirar a Truand Lascar.

—¿Qué eras tú en tu tierra?

—Capitán bretón, que es como decir rey del mar, y te consta. Si tres latigazos recibió Stronck, diez aguanto yo en pie; a los quince, tal vez me desmayaré, y morir deseo ya, porque si encadenado a un

remo estoy, ahora aquí en pie y ante tus barbas, eso hago.

Escupió el bretón, sin desprecio, casi con alegre desenfado.

Abdul Hamez cruzó las dos manos ante el vientre. Semejaba un ídolo pensativo.

—Hundiste una nave del Gran Visir, perro.

—Con gran contento, guarro.

—Si buscas morir bajo el látigo, puedes encontrar lenta muerte en suplicios que desconoces.

—Nunca es tarde para aprender.

—¿Quieres morir?

—Preferiría vivir como hombre. Mal comido y remando, triste vivir es.

—¿Quieres demostrarme que eres valiente?

—Lo saben en todos los mares.

Abdul Hamez señaló a los otros dos cautivos.

—Quitadles las cadenas de los brazos.

Cuando libres quedaron de busto arriba los dos señalados, Abdul Hamez prosiguió:

—Quien de vosotros dos venza en lucha, dando muerte al otro, habrá dado un paso hacia la libertad. ¿Quieres vencer, Enzio?

—Quiero, Muy Poderoso, servirte siempre —dijo el italiano, haciendo muecas destinadas a impresionar al tudesco.

—Cuando yo bata palmas, luchad —ordenó Abdul Hamez, abriendo los brazos. Y añadió, mirando al tudesco—: ¿Quieres vencer, Stronck?

—Este compañero de infortunio quiere matarme. Yo no quiero morir.

Batió palmas el pirata turco.

Enzio Poggio y Stronck Goldstein distaban entre sí unos tres pasos. Rendidos los tobillos, no podían correr.

Fue grotesco el salto con el cual, abalanzándose, Enzio Poggio rodeó con sus gruesos brazos la cintura del teutón.

Stronck Goldstein pareció admitir el abrazo, que nada tenía de fraternal.

Limitóse a colocar sus dos manos bajo el mentón del italiano, que trataba de hundírselo en el pecho.

Oyóse el seco crujir de las vértebras del italiano, cuyo cuello, inclinado hacia atrás por la presión hercúlea de las manos del

alemán, crujió de nuevo.

Los brazos de Enzio Poggio abandonaron su presa, colgaran lacios, y de pronto desplomóse.

La brevedad del combate demostró tan sólo que el tudesco poseía una fuerza descomunal.

En la arena, quebrado el cuello, Enzio Poggio había cesado de vivir.

Estólido, como buey que arrastra una carreta, Stronck Goldstein inclinó la cabeza, y cruzó los brazos.

Abdul Hamez mostró por entre la copiosa barba una sonrisa satisfecha. Sus carnosos labias rojos parecieron paladear la siniestra facilidad con que ante sus ojos un enemigo de su religión acababa de dar muerte a un semejante.

El adolescente no miraba a los cautivos. Seguía fijando las pupilas en un horizonte de pensamientos, como si atravesara la líquida extensión azul.

—No eres rival para Stronck —sentenció Abdul Hamez, mirando con desdén al bretón—. ¿Quieres luchar?

—Torpe era el italiano.

—¿Eres tú más fuerte que Enzio?

—Naturalmente, puesto que él yace descansando para siempre, y, en cambio, aquí estoy yo en pie.

—Stronck —dijo el pirata turco—, vence a ese hombre, pero no lo mates.

—Así lo haré, Poderoso.

—Gracias por tu generosidad, Stronck… —rió el bretón—. Te prometo que, como capitán que soy de mis brazos, tampoco te mataré.

Batió palmas el pirata turco.

Truand Lascar, cuyo busto acababa de liberar de cadenas su cómitre, se frotó los bíceps tendinosos y los nervudos antebrazos.

Stronck ladeó el tórax, extendiendo las manos, y esperando la acometida.

Pero el bretón siguió frotándose y sin moverse.

—Ataca, Stronck. Yo soy paciente y espero. El gordo hijo de Alá quiere divertirse, y yo no quiero matarte. Muévete tú, compañero reitre.

El tudesco dio un salto semejante al que había hecho el muerto.

Retrocedió, cayendo sentado…

Al iniciar su acometida, brazos adelante, manos engarfiadas, dirigidas al cuello del bretón, éste, con doble maniobra rara, había abierto sus brazos para separar los del tudesco, mientras, inclinando la cabeza, asestaba recio testarazo en la frente de Stronck Goldstein.

Sentado en la arena, el tudesco pugnaba no sólo por levantarse, cosa que le dificultaban sus trabados tobillos, sino por recuperar el sentido, anublado por el violento y seco testarazo.

Truand Lascar, con amplia sonrisa, miró hacia el sentado tudesco, a la vez que con el índice y el medio de la diestra se daba unos golpecitos en la frente.

—De pequeño me gustaba pelear con un carnero que teníamos en el corral, allá en mi granja, Stronck. Me ganaba siempre el carnero, porque mi frente estaba aún blanda. Pero día llegó en que el carnero me huía.

Abdul Hamez mesábase la barba. Nunca había visto pelear en la forma empleada por el bretón.

Tampoco comprendía por qué, pudiendo el dueño de una cabeza tan dura acabar de vencer al que visiblemente estaba tendido, aguardaba en pie, sin rematar al sentado.

Por fin incorporóse el tudesco. Por sus miradas de asombro veíase que trataba de adivinar con qué instrumento contundente habíale golpeado el bretón.

Y mirando los puños de su contrincante, decidió evitar aquel choque. Se abalanzó de nuevo…, y por segunda vez recibió el mismo testarazo.

Abierta la frente, quedóse tendido sobre la espalda, manando sangre por la brecha entre cejas.

La frente de Truand Lascar sólo ostentaba una rojez…

—Creo que Stronck tardará en levantarse, capitán Abdul.

—Buen luchador eres, capitán Truand.

—Ordena que me dejen libres los pies, capitán Abdul, y mejores cosas verás si lo deseas.

—¿Qué harías si tal orden doy?

—Rascarme primero los tobillos, porque en la carne tengo llaga. Después, preguntar para qué servicio requieres al vencedor, que soy yo.

Pareció meditar la respuesta el turco. Ostentó sonrisa repulsiva.

—Tú eras corsario, capitán Lascar.

—El mejor, capitán Hamez.

—Necesito un europeo, para ir a tierra, con hombres míos vestidos a tu usanza. Irían en chalupa.

—Si libre toco tierra, ¿cómo sabes que volveré?

—Los hombres que te acompañarán hundirán en tu espalda acero si no regresas.

—Lo suponía. ¿Qué más?

—¿Cuántos hombres necesitas?

—¿Cuál es el botín?

—Treinta mujeres blancas, las más bellas, para el Gran Visir.

—Delicado obsequio. Para echar redes a treinta mujeres, si han de ser bellas, jóvenes y atractivas, se necesita, más que hombres, tiempo.

—Cinco días. ¿Cuántos hombres?

—Me sobran con diez. Cuatro para entrar a coger la fruta, cuatro para vigilar la retirada, y dos para llevar la fruta a sitio seguro.

—Tendrás quince. Cinco más para guardar las presas, mientras nuevas coges. Te he elegido porque sabes luchar y sabes hablar. Cuando regreses cumplidor, tendrás merecida recompensa. Al agua —añadió Abdul Hamez, señalando al muerto.

El cómitre de la nave a que perteneció Enzio Poggio llevóse su cadáver, arrastrándolo por los pies.

—Cúralo y encadénalo al remo —ordenó Abdul Hamez, agitando el índice hacia Stronck Goldstein, que seguía exánime.

Un etíope ayudó al cómitre a transportar a la chalupa al tudesco.

—Vete —dijo Abdul Hamez, mirando al tercer cómitre.

Quedó solo Truand Lascar frente a Abdul Hamez y al adolescente, que ahora, inclinada la cabeza, contemplaba melancólicamente sus propias manos.

—Libres tus brazos hasta que te ordene zarpar, capitán Lascar.

—Pueden mis tobillos quedar también libres, capitán Hamez. Has comprobado que si dura es mi testuz, no por eso soy torpe de entendederas. No pretenderé huir. Y, sin servilismos, te aseguro que dispuesto estoy a todo, menos a remar.

—Tus tobillos serán libres cuando yo lo disponga. ¿Qué edad tienes, capitán Lascar?

—Treinta abriles, capitán Hamez.

—Ya era yo «El Poderoso» cuando aún luchabas con el carnero. Por ser capitán corsario, quiero oírte hablar de tus navegaciones.

Batió palmas el pirata turco. Habló brevemente, y uno de los nubios hincó profundamente en la arena larga lanza, atravesando con ella uno de los eslabones de la cadena que rodeaba los tobillos del bretón.

—Puedes sentarte, capitán Lascar —invitó Abdul Hamez.

Lo hizo Truand Lascar, a la vez que decía:

—También puedo apartarme de la lanza, pero no lo intentaré, capitán Hamez.

La diestra del turco volvió a acariciar la cabeza del adolescente.

—¿Qué opinas de Truand Lascar, Alim?

Alim continuó en silencio. El que habló fue el bretón:

—Donde charlan capitanes, callan los grumetes. —Y miró con repulsión al gentil efebo—. Además, soy yo muy hombre, para soportar el juicio de un mequetrefe como tu favorito, capitán Hamez.

Abdul Hamez siguió mesándose ahora la barba. Acostumbrado a ser prontamente obedecido, y siempre respetuosamente complacido, gustaba por unos momentos de la actitud impertinente del capitán corsario.

Había ya decretado que, cumplida su misión, Truand Lascar moriría en refinada tortura, al igual que Rasuni, el enviado a Córcega, que ahora estaba aguardando.

CAPÍTULO II

LOS ENTERRADOS EN VIDA

Ajaccio, la capital corsa, tenía como escudo tres franjas de color azul intenso, blanco con cuadros purpúreos, y verde. Un águila con las garras dispuestas campeaba encima de los tres colores.

Fue el escudo elegido por Della Roca, uno de los libertadores que en el siglo XIV sacudió el yugo genovés.

Decían los eruditos que las tres franjas simbolizaban el aspecto que desde lo alto ofrecía Ajaccio, conglomerado de blancas paredes y purpúreos tejados, aprisionada entre el mar azul de la extensa bahía y la verde vegetación de olivares que ascendía hacia la intrincada flora montañera.

El águila simbolizaba la continua defensa contra los continuos ataques genoveses.

Por la verde zona de olivares, un jinete descendía sin apresuramientos. Vestía mallas y armadura, y era corpulento. Como mercenario tudesco al servicio de quien mejor pagaba, Ulrico Wolemburg, además de recibir el apelativo de «reitre», podría haber sido calificado de cruel instrumento guiado por ajeno cerebro.

Porque el robusto reitre no era hombre de ágil mentalidad. Y por esa misma razón mantenía cortas las riendas de su recio caballo, tratando de prolongar el tiempo que le separaba de Ajaccio.

Había recibido de quien en él mandaba una misión que conceptuaba difícil. Averiguar el paradero de Clara d'Evisa, la fugada de su propio hogar. Un hogar que para la doncella habíase convertido en prisión tenebrosa antes de su fuga, porque así lo había dispuesto Beatriz Goldstein, la fascinante tudesca, que allá en lejano principado báltico había enrolado a su servicio a Ulrico

Wolemburg y una decena de reitres.

Beatriz Goldstein, con el dinero que consiguió enviudando pronta y misteriosamente de un enfermizo barón, preparó la expedición destinada a rescatar de los turcos al cautivo Stronck Goldstein, su hermano.

Había fracasado Beatriz en cuantos intentos realizara para rescatar al único hombre que amaba…, iba pensando Ulrico.

Pero, en cambio, triunfaba en todo lo demás. Habíase adueñado de la voluntad de Giacomo
d’Evisa,
tras envenenar a su esposa…

Era fascinante…, repetíase Ulrico. El único ojo que asomaba por entre las hilas y vendajes que cubrían su rostro magullado por reciente pisoteadura, brilló encandilado, deleitándose una vez más en detallar los encantos personales de la qué era su dueña; mas, poco después, brilló con expresión de odio, al recordar al trovador, que, surgiendo de improviso, y permitiendo a Clara
d’Evisa
escapar, habíale no sólo derribado a él, el forzudo Ulrico, sino humillado ante Beatriz Goldstein, con desenfado burlón.

Refrenó aún más las riendas. ¿Cómo se las compondría para hallar el paradero de la evadida?

Y con brusco tirón inmovilizó el caballo, manteniéndolo oculto entre el espeso arbolado, a la diestra del sendero que acababa de abandonar rápidamente.

Pensaba que Córcega era una isla sangrienta, repleta de emboscadas y bandoleros. Y trazas de tales tenían los hombres que avanzaban con cautela, dirigiéndose… hacia la mansión
d’Evisa.

Pero lo que petrificó a Ulrico Wolemburg fue el ver que a retaguardia de la pequeña tropa iban… ¡el trovador que le había vapuleado y la propia Clara
d’Evisa,
la mujer a la que él debía apresar!

Ató el reitre su caballo, y a pie, pisando con su habitual aplomo pesado, siguió desde lejos a la extraña comitiva.

Presenció rabiando íntimamente, pero comprendiendo la inutilidad de su intervención, el asalto a la casa

d’Evisa
y la matanza de cuantos reitres la custodiaban.

Siguió pacientemente aguardando, porque su tardo cerebro no veía inmediata actuación. Partieron los asaltantes que habían quedado en vida. Vio a Giacomo
d’Evisa
y su hija Clara conversar con el trovador y otro hombre de andares y aspecto de «levante» matachín. Vio a éstos marcharse…

Continuaba pensando qué partido debía tomar, cuando le sumió en mayores confusiones el ver abandonar la mansión recoleta y solitaria de los
d’Evisa
un menestral.

Un menestral que, por los útiles que llevaba, demostraba ser un albañil.

¿Un albañil? Aquel hombre iba solo, y había permanecido largo tiempo en el interior de la casa, recibiendo de las manos de Giacomo
d’Evisa
una bolsa, que agradeció con honda reverencia.

Interpelar a los bandoleros o al trovador hubiera sido peligroso. Salir al paso de un albañil, era más fácil.

La reacción del menestral al ver ante sí la figura del guerrero reitre fue curiosa.

Sonrió casi con embeleso, y exclamó, como un hombre admirado de verse ante un ídolo:

—¡Bendito seáis, «Faciatosta»!

Ulrico Wolemburg era obtuso y estólido, pero conocía el renombre del famoso condotiero, el nobilísimo e íntegro Ugo Paolo Renzo, apodado con orgullo «Faciatosta» por su faz quemada en asalto contra los genoveses, y a la que, para cubrir las cicatrices, envolvía en tela bajo el casco, dejando sólo visible la pupila que quedó indemne.

Los labios magullados del tudesco, y las hilas que los cubrían, hicieron opaca su voz al inquirir:

—¿Qué sucede? —Y su diestra enguantada en hierro señalaba la mansión de los
d’Evisa.

El albañil, contento de poder informar al salvador de Ajaccio, que tal creía que era su interlocutor, asumió un aire de hombre discreto.

—A vos bien os puedo confesar las rarezas de los grandes señores, porque sois caballero amante de justicia. Fui avisado para enladrillar una ventana y una puerta.

—Ah… ¿Sí?

La invitación a seguir que contenía la respuesta, hizo aún más expresivo al menestral.

—Buena recompensa me dio el señor d'Evisa para guardar el secreto. Pero vos, «Faciatosta», sois el defensor de nuestro pueblo. ¿Sabéis quién quedó enterrado en vida?

Denegó sin impaciencia, con gesto de cabeza, el reitre.

—Una bellísima señora, atada en sillón, frente a un hombre robusto, también atado en sillón. No hago comentarios…

—Ni los hagas nunca más, y sigue tu camino. Adiós.

Marchóse el albañil tras varios saludos respetuosos, y Ulrico Wolemburg dedicóse a meditar. Después, lentamente, se puso en marcha hacia la casa d'Evisa.

* * *

La estancia estaba débilmente iluminada por el resplandor de una linterna colocada en un rincón, junto a fuente que contenía viandas y a un jarro.

No había oquedad ninguna. Todo era muro herméticamente cerrado. En el artesonado del techo aparecía clavado un largo estilete…

En sendos sillones, una mujer y un hombre parecían dormitar. El hombre cabeceaba lentamente, tratando de recuperar los sentidos…

La mujer, Beatriz Goldstein, forcejeaba sin ruido hasta que consiguió librarse del resto de sus ligaduras, roídas ya por el puñal del mismo que allí la encerró.

Por la comisura de sus labios pulposos resbalaba sangre, de resultas del brutal bofetón de Giacomo d'Evisa.

Levantóse, y, aproximándose al hombre que cabeceaba, procedió

a atarle con seguridad.

Rupert Wherung, cuando abrió los ojos, tardó no sólo en darse cuenta de lo que sucedía, sino en percibir los contornos de la habitación.

Sudó repentina y copiosamente al ver la horrenda expresión que desfiguraba el hermoso rostro de Beatriz Goldstein.

Recordaba de pronto cuanto había sucedido instantes antes.

Más estremecedora resultaba aún por contraste con su rostro, que expresaba un odio implacable, la voz suave con que fue hablando Beatriz Goldstein.

—Estamos enterrados en vida, Wherung… ¿Por qué?… Por tu cobardía… ¡Inmunda bestia! Osaste colocar tus torpes manos encima de mí, para atarme… Delataste a Dago Corsi y a Giacomo el plan que tanta paciencia me exigió… Le diste el antídoto… ¡Perro!

Llevóse ella las manos al rostro, en gesto desesperado.

—¿Sabes la muerte que nos espera? La más horrible… Giacomo nos dejó viandas y bebida para que mi agonía se prolongase… Te veré aullar pidiéndome una gota de agua, Wherung… Y te veré retorcerte en la peor de las agonías… Todo será poco para castigar tu traición… Pero… ¿y yo?… ¡No quiero morir!…

Por unos instantes cerró los ojos Rupert Wherung. Aun para su temple acostumbrado a horribles espectáculos, resultaba impresionante ver las muecas y ademanes con los que, como enloquecida, arañaba la bella tudesca los muros, pretendiendo en vano hallar un imposible escape.

Siendo minutos, se le antojaron siglos a Wherung. Levantó los párpados estremecido de dolor, porque, acometida por salvaje frenesí, la mujer le arañaba ahora el semblante y el cuello, con gestos de gata furiosa.

Y Beatriz Goldstein reía en rictus demente, perdida su habitual serenidad.

—Tardarás varios días en morir, Wherung… Y sabrás que aun más espantoso que morir de sed es verte sometido a mis torturas… No esperes que abrevie tu vida…

Hablaba con incoherencia, desesperada. Apartóse del reitre, para recorrer largo tiempo la estancia.

Después sentóse, y sus ojos verdes tenían destellos sádicos.

—Pensaré que eres Dago Corsi… Sí, Wherung… Te desprecio, al

igual que a Giacomo. No sois más que peleles… Pero… ¡Dago era un hombre! Insensible, sarcástico. ¡Ojalá pueda sufrir las peores atrocidades! ¿Qué… qué es esto?

Oíanse del otro lado del muro, por donde la puerta había sido tapiada, unos recios golpes como de piqueta demoledora…

Abalanzóse frenética la tudesca, poseída de loca esperanza…

Al llegar a la puerta que no podía abrirse, dejóse caer exhausta, murmurando:

—Comprendo… Sabes vengarte, Giacomo. Quieres hacerme creer que me perdonas… Para darme esperanza… y volverme a sumir en la horrenda realidad de que yo, bella y que siempre te tuve rendido no soy más que una muerta, enterrada en vida…

Y sollozando histéricamente, en espasmos de ira, arañó el suelo, tendida y estremeciéndose.

CAPÍTULO III

DOS PODEROSOS

Impulsada por un favorable viento de popa que procedía de la costa sur de Ajaccio, la chalupa avanzaba velozmente, cortando el agua, tensa la vela triangular.

De los seis tripulantes turcos, remeros ocasionales, vistiendo ropas europeas, cuatro permanecían agrupados bajo el remate del único palo de la embarcación, atentos a la vela, mientras los otros dos, en popa, atendían al timón.

En proa, Luys Gallardo y Delfín Lechuga, mirando el afilado madero surcar el mar, meditaban, cada uno en muy diversas materias.

Para Delfín Lechuga, alias «Siete Vidas», el «levante» fachendoso, matachín y pícaro, la aventura que se acercaba era casi suicida. Conociendo como conocía el taimado y ladino carácter del cruel pirata Abdul Hamez, no auguraba nada bueno del desenfadado y alegre modo en que, tal como solía, el trovador español lanzábase a la empresa de pretender apoderarse de las tres galeotas turcas.

Pensaba también que Luys Gallardo, cauto en verdad, aunque aparentemente jugando con todo, tenía extraños y desplazados escrúpulos. Ya que el designio del destino peligroso había querido que, por su idéntica semejanza con el famoso Dago Corsi, pudiera reemplazarlo aprovechándose de su cuadrilla y de su renombre, ¿por qué no «levantar el vuelo»?

Por tal entendía Lechuga aceptar las ofertas de los genoveses, que ofrecían enormes cantidades por la abstención del que suponían el jefe bandolero en la cercana lucha, y con aquel dinero irse de una tierra que no era la propia y vivir como rey en tierra ajena también.

En vez de aquello, meditaba el castellano, Luys Gallardo sentíase defensor de ajenas causas y litigios.

Y no sólo eso, sino que, además, pretendía engañar al turco, que, anclado en sitio ignorado, aguardaba el instante oportuno para sacar el mayor provecho de su cercanía con la isla corsa.

Pero, mirando a su apuesto compañero, experimentaba Delfín Lechuga un indefinible acatamiento basado en simpatía y admiración. Él podía pensar cínicamente, pero, llegado el momento de la acción, seguiría hasta la muerte al «caballero del ideal», como mentalmente apodaba al audaz trovador.

Por su parte, Luys Gallardo contemplaba con agrado el blanco surco espumoso que la proa levantaba en el agua, formando dos abanicos cuyos flecos de gotas se irisaban al sol.

Aunque no lo exteriorizaba, gustábale el incidente, que, por su semejanza absoluta con Dago Corsi, le permitía ser dueño y señor de muchas voluntades.

Pensaba que tenía en su poder el contener los sanguinarios instintos de la turbamulta de bandoleros del Diablo Corso, encauzándolos a mejores fines.

Pensaba evitar que mataran a seres inocentes, y sirvieran sólo como instrumentos de combate contra los invasores. Quería que aquellos zafios, que hasta entonces habían dejado tras sí olor a sangre, sudor y ajo, con estela de lágrimas y maldiciones, pudieran redimirse inconscientemente, actuando con un fin noble, cual era defender la independencia de la tierra corsa.

Sonrió, porque, si bien reconocía que le gustaba defender un ideal, no era el único motivo por el cual se erigía en cabecilla de desalmados, a los que convertía en patriotas.

Pensaba en el principal motivo: la sonrisa de Altiera de Montemar, la «dama» de sus actos, al igual que los armados caballeros elegían sin esperanza de recompensa ni premio, una dama por la cual luchar.

Y para Altiera de Montemar la salvación de Ajaccio y Córcega era el supremo ideal…

Truncóse el hilo de sus pensamientos, porque la voz gangosa de Delfín Lechuga exponía:

—Me deleita tu loca bravura, trovador.

La rápida mirada que Gallardo lanzó hacia los turcos fue presta

y justamente interpretada por su compañero.

—Bien se ve que no eres marino, ya que sabrías que con viento de popa y estando nosotros en proa, nuestra voz el viento la lleva en rumbo contrario a los oídos de esa carroña.

—Viajar instruye, y mucho has viajado tú.

—Por esa misma razón me permito aconsejarte, aunque como siempre harás lo que en gana te venga. ¿Has meditado bien a dónde vamos?

—A un paraje ignorado, que sólo estos hombres conocen, y donde me espera el poderoso Abdul, que se ha dignado citarme.

—Abdul quiere engatusarte; quiere servirse de ti para sacar buenas migajas de la isla corsa. Como te advertí, quiere halagar el orgullo de Dago Corsi dándole a entender que los dos, ambos poderosos, el uno por tierra, el otro por mar, podríais detentar el dominio de Córcega. Él no pretende más que tener a su merced varios días a Ajaccio. Sabe que por mucho tiempo sería imposible mantener enhiesto en la isla el pabellón de la media luna… Pero para sus propósitos le basta con unos días…

—Bien, ¿y qué? Él pretende engañar a Dago, y yo trataré de dársela con queso.

—Me despepita tu estilo, cuando te acomodas al mío. Aunque no es el más adecuado para hacer languidecer a las damas, entre las que tan buen partido cuentas. Y hablando de damas, ya que veo que el turco te tiene sin cuidado, ¿qué fue de madona Altiera, la altiva e hierática estatua de carne fría como el mármol?

—Prometida es de «Faciatosta».

—Ya sé; pero eso, ¿qué importa? No por estar más cerca de la ostra, es el pescador quien se la come, sino quien dispuesto va a ello.

—A instantes, señor pícaro, te cortaría la lengua, si no supiera que tu aparente vulgaridad no es más que fachada. Madona Altiera es para mí un grato recuerdo. Nada más.

—Las veo, las alelo y las dejo… ¿No es éste tu lema?

—Poco entiendes mi carácter en estas lides. Soy, como buen español, sensible a la belleza femenina… Y también como tal, me gustan todas platónicamente…, hasta que encuentre la que fije mi vagabundeo, conviniéndome en hogareño y pacífico.

—Hechicera habrá de ser la que te amarre.

—Tú que de mar eres entendido, ¿qué sucede ahora?

Estudió Lechuga unos instantes la maniobra:

—Hacen proa hacia aquella costa. Y ahora, messer Corsi, que ya se aproxima el jaleo, recuerda que Abdul Hamez es temible porque tiene cincuenta kilos de maldad, y los otros cincuenta de inteligencia. Y, volviendo yo a ser su fiel Rasuni, te ruego acates el protocolo.

—¿Qué protocolo?

—Posiblemente, antes de hablar contigo, me sondeará. Acomódate.

—Me acomodaré.

* * *

El adolescente llamado Alim levantó el rostro con expresión asombrada. No había oído ni escuchaba la charla del bretón Lascar, pese a entender perfectamente el italiano.

Lo que causaba el infinito asombro del efebo era comprobar que el movimiento convulsivo del abdomen, estómago, pecho y triple papada oculta por la larga barba ancha del turco Abdul Hamez era la risa.

Una risa muda, contenida, pero risa, al fin. Y desde que Alim conocía al pirata, era aquélla la primera vez que le veía reír.

Acaricióse Abdul Hamez con las dos manos su copiosa barba. Sus ojos acuosos tenían una regocijada luz.

Truand Lascar, sí bien con una pesada cadena arrastrando de su tobillo, imitaba el majestuoso andar del personaje de quien hablaba:

—… y cuando se dio cuenta de que llevaba a rastras un ganso decapitado, que había paseado por toda la corte, mi necio rival enrojeció y casi lloró. Porque has de saber, capitán Abdul, que en Francia un hombre lo resiste todo, menos el ridículo. Desde aquella fecha, mí rival no apareció más por la corte y se retiró a su aldea. Así vencí yo al corsario Dupont.

—¿No habría sido mejor decapitarle a él, capitán Truand? —inquirió pausadamente el turco, cuando dejaron de agitarse sus grasas.

—Fui a visitarle a su aldea. Me recibió, como puedes suponer, con todos los honores. Espada en mano, y asistido por su lugarteniente. A éste me contenté con abrirle aún más la boca de un

testarazo. A Dupont no lo decapité: lo embroché. Era lo adecuado para tan gran cerdo, que además era un gallina cobarde.

—Bien —aprobó Abdul Hamez.

El hombre que había merecido, no ya la risotada muda del Poderoso, sino su aprobación, era excepcional. Comprendiéndolo así, Alim dirigió a él su mirada, detallando por vez primera al bretón.

Truand Lascar, habitualmente poseedor de una enorme cantidad de descaro, sintióse molesto ante la mirada apreciativa del que juzgaba un afeminado favorito del turco.

Guiñó coléricamente los claros ojos azules, y, avanzando el labio inferior en mueca burlona de desdén y reto, gruñó:

—Mírame bien, alfeñique. Estás viendo a todo un hombre, merengue. Oye, capitán Abdul: haríamos más buenas migas si enviaras a la perrera a este mequetrefe. Donde hablan capitanes, sobran los… marineros.

—Alim adorna y perfuma mis ocios, capitán Truand —dijo, con inusitada benevolencia, el turco.

Estimaba en su cautivo un carácter cruel, audaz y temerario, y aunque lo tuviera sentenciado a próxima muerte, tan pronto le hubiera servido, no por eso dejaba de agradarle el recio temple del bretón.

Alim miró sin rencor al que prodigaba desdenes hacia su persona.

—Habla, al menos —rezongó el bretón—. Seguro que tu voz es aguda y chirriante, como propia de lo que eres ¡*Tonnerre et misère*! —imprecó Truand Lascar—. Si a bordo de mi hundida



...retrocedió, cayendo sentado...

goleta te tuviera, ya haría yo de ti un hombre. ¡Pardiez que sí!

La sonrisa de Abdul Hamez sólo la podía comprender Alim.

—¿Y qué harías, capitán Truand, para hacer de Alim un hombre? —preguntó el turco.

Alim desvió la vista para volver a contemplar el mar. Pero escuchaba atentamente.

—Endurecerlo, con labor de sol a sol, deslomarlo, para que durmiera a fondo, y comiera a gusto. Vestirlo de camisola y calzón, y no con esas telas de hembra. Que le salieran callos en las palmas, y supiera pelear. Pero predico en desierto. Ahí está el imberbe, admirándose las manecitas. ¡Puaf, qué asco!

—Mucho te gusta hablar —habló, por vez primera, Alim.

Su voz no era ni chirriante ni aguda. Era melódica, suave.

—Y más atizar —dijo el bretón, lanzando colérica ojeada al favorito de Abdul Hamez. Si a mi bordo estuvieras, bailarías una zarabanda al compás de mi rebenque.

El turco asistía al diálogo con evidente fruición.

—Creía yo que los capitanes de mar eran taciturnos y poco dados a la charla —comentó Alim, con Indiferencia.

—En tierra nos desquitamos, merengue.

Un fornido etíope, andando con frecuentes prosternaciones, vino a arrodillarse ante el estrado.

Hizo Abdul Hamez un gesto, autorizando a hablar. Replicó con brevedad al informe que le comunicaba el arribo de la chalupa, portando a Rasuni y a un infiel.

—Que Rasuni acuda a mi presencia. Sea ofrecido vino y frutas, al invitado.

La mención del nombre de Delfín Lechuga entre los turcos coloreó vivamente las mejillas de Alim, y sus ojos, hasta entonces plácidos e indiferentes, cobraron animación.

Truand Lascar tendióse en la arena de bruces, apoyando su cabeza en los entrecruzados antebrazos.

Sentíase jovial porque entreveía la posibilidad de volver a la vida agitada del libre aventurero.

Contempló al individuo que se acercaba procedente de la playa vecina.

Y de una sola ojeada lo calificó mentalmente: un «levante», de los que por definición eran camorristas y carne de patíbulo.

El que en los dominios de Abdul Hamez era Rasuni, inclinóse en profunda reverencia, sin servilismo.

—Alá sea contigo, Rasuni.

—Y te proteja siempre, Poderoso.

—Alim estaba triste sin ti, Rasuni.

El bretón, al oír el comentario del turco, ver la sonrisa

complacida del «levante» y contemplar la expresión amorosa del efebo, emitió un bufido de repulsión.

Delfín Lechuga miró de reojo al capitán corsario.

Abdul Hamez, jugando con las sartas de collares que rodeaban su pecho y abdomen, comentó:

—El capitán Truand Lascar, que me prestará servicio inestimable, puede ser imprudente, pero no es hipócrita. Detesta a Alim, y repudia nuestras costumbres. ¿Tuviste fácil viaje, Rasuni?

—La mención de tu poder allanó el camino.

—¿Cuál es tu concepto del que en la isla llaman el Diablo Corso?

—Mata y destroza porque es violento de natural.

—¿Es poderoso en su isla?

—Domina a placer, y puede ser rey si lo quiere.

—Entonces, ¿a qué vino?

—Reina en tierra, pero teme al invasor por mar.

—¿Es leal? ¿Cumple sus pactos?

—No, Poderoso. Pero tu astucia le dominará.

—¿Tiene preparada emboscada?

—Desconocía tu anclaje, Poderoso.

—Invítale a que se considere mi huésped, Rasuni.

Alejóse Delfín Lechuga, y como la mirada acuosa y maligna de Abdul Hamez invitaba a hablar al capitán corsario, Truand Lascar no se hizo de rogar:

—¡*Tonnerre et misère*! Con la planta de gallo de pelea que tiene este Rasuni… y que… ¡que se enternezca mirando a este pichón!…

Alim limitóse a sonreír. Parecía como si ahora, que había llegado Rasuni, sintiérase propenso a hallar divertido al bretón.

Desde la cala donde había arribado la chalupa hasta el estrado bajo cuyo dosel desparramábase Abdul Hamez, había un centenar de metros.

El pirata turco, así como Alim y Lascar, tuvieron tiempo de detallar al hombre que, terciado un laúd de plata al hombro, puño en el costado, y colgante la diestra por el pulgar del cordón trenzado en oro que sujetaba al desgaire una capichuela roja, avanzaba con paso ágil de felino siempre alerta.

Luys Gallardo, al llegar ante Abdul Hamez, irguió aún más la cabeza, y miró despaciosamente a los tres personajes.

A su lado, Delfín Lechuga presentó:

—Tengo el honor, Poderoso, de darte a conocer a Dago Corsi, messer Corsi para todos los poderosos de la isla. Y a ti, messer Corsi, tengo el honor de darte a conocer a Abdul Hamez, el más bravo, el más fuerte y el más combativo de los capitanes del Gran Visir.

Reclinado contra el erecto respaldo de blandos almohadones claveteados en madera, aureolado por el humo perfumado de los pebeteros, Abdul Hamez semejaba un ídolo plasmando maligna sabiduría.

Habló en correcto italiano, con lenta majestad:

—¿Qué prueba tengo, aparte las palabras de mi fiel Rasuni, que puede haber sido engañado, de que tú eres realmente el poderoso messer Corsi?

Hasta para el acostumbrado castellano resultaba siempre prodigiosa la velocidad y destreza con que diestra y zurda del trovador realizaron cuatro movimientos casi invisibles…

Y cuatro dagas, que extrajo de la parte posterior de su cinto, fueron a vibrar agudamente, formando una peligrosa corona que rozaba él turbante de Abdul Hamez en sus sienes.

—¿Quién sino yo puede saludarte así?… —dijo, adustamente, Luys Gallardo, apoyando los puños en las caderas y abriendo el compás de sus piernas.

Un tenue silbido escapóse de los labios de Truand Lascar, que, siempre tendido, expresaba así su admiración.

Alim miró alternativamente a su dueño y al visitante. Delfín Lechuga contempló con íntima desazón el sucesivo arco iris que coloreó los carrillos del pirata turco, mientras las vibrantes dagas iban inmovilizándose tras perforar los almohadones…

Primero, fue un tinte lívido, después amarillento y por fin rojo púrpura de indignación, para ultimarse en el habitual tono rojizo.

Y con calmosa entonación, replicó Abdul Hamez.

—En efecto, messer Corsi. Sólo tú, por poderoso, podías así presentarte. Dígnate tomar asiento. Somos iguales en fuerza, y nos une el mismo propósito. Dominar y reinar. Y ésta es tierra ni tuya ni mía, porque ni es mar ni es suelo. Son blandas arenas intermedias.

A la vez, hizo un gesto perentorio, y los etíopes, que alfanje en alto habíanse aproximado, prestos a agredir al que saludaba con aureola de aceros, se alejaron, desapareciendo tras el estrado.

CAPÍTULO IV

ODIO Y NOSTALGIA

Giacomo d'Evisa, abatido después de la violenta reacción vengadora, dormía profundamente, asistido por su hija Clara.

Ésta, como cuantas hasta entonces habíanse visto ante el trovador creyéndole Dago Corsi, luchaba en su pensamiento con la confusión de sentirse atraída por la acariciante voz del caballeroso español, y a la vez horrorizada por la justa fama de sanguinario que poseía el Diablo Corso.

Poco agraciada físicamente, tanto más agradecía las frases con las que el trovador había hablado de la belleza del alma, y la irradiación luminosa que hermosea a la que posee bondad y pureza.

Para Clara d'Evisa, temperamento sensible, nada había de cruel en la venganza tomada contra Beatriz Goldstein. Nada podía ser cruel contra la que envenenó a su madre y pretendía dar muerte lentamente al que ahora dormía.

Se puso en pie repentinamente, como galvanizada, llevándose las manos a la garganta, al ver aparecer en el umbral de la habitación al corpulento Ulrico Wolemburg.

Lo creía muerto en el asalto, como los demás reitres.

El teutón actuó con metódica rudeza. Enlazó a la que se debatía inútilmente, y, manteniéndola privada de movimiento, abrazada contra su costado, asió con la mano diestra por la garganta, al que despertó brutalmente, zarandeado en vilo.

Con la doble carga humana atravesó varias salas, y por fin,

descendiendo unas escaleras en caracol, arrojó en el subterráneo enrejado a sus dos prisioneros.

Subió las escaleras, cerró la pesada puerta que incomunicaba la vasta estancia de las mazmorras del resto del edificio, y, al pasar por delante de un lóbrego cuartucho que antaño sirvió para albergar al carcelero, eligió, entre varias herramientas, una piqueta que era empleada para abrir hoya en que enterrar a los presos que se evadían de la tierra definitivamente.

Con lentos y recios golpes fue derribando el muro recientemente levantado ante la puerta tapiada.

Uno de los golpes estuvo a punto de herir a la mujer que, desmelenada y convulsa, se arrojó contra la abertura, exclamando:

—¡Ulrico!

Por varias veces repitió Beatriz Goldstein el nombre del que la salvaba de una horrible muerte. Y cuando quedó por entero derribado el muro, pareció que también el muro que separaba a la destronada princesa Beatriz y al reitre Wolemburg acababa de caer.

La que trataba con desprecio a sus servidores, era ahora una enloquecida mujer que prodigaba caricias al que estólidamente permanecía como petrificado…

Por fin, recobróse ella. Separóse del reitre, y señaló el interior de la sala.

—Rupert Wherung me traicionó. Cobardemente me vendió a Dago Corsi. Puso sus manos encima de mí, atándome. ¿Qué castigo, Ulrico?

—En Pomerania, hoguera.

—Hoguera.

Ulrico Wolemburg entró en la sala. Echó una ojeada alrededor. Colocó el sillón en que estuvo arada Beatriz Goldstein a los pies de Rupert Wherung.

Éste, gimió tembloroso. Rudamente, sin maldad, Ulrico Wolemburg habló:

—Hoguera, Wherung. Un tudesco puede ser todo menos cobarde y traidor. La disciplina es nuestra fuerza, Wherung.

Y pareció como si Rupert Wherung, acatando aquella verdad aprendida desde la infancia, encontrara justa su muerte. O quizá estimara más benigna aquella muerte, a la que le hubiera esperado en manos de la enloquecida Beatriz…

El ejecutor rompió contra el sillón la linterna, y desparramóse chisporroteando el aceite, prendiendo en el terciopelo.

Una débil llama levantóse lamiendo los pies de Rupert Wherung. Beatriz Goldstein, recuperada ya la serenidad, volvió a ser la fría e implacable señora.

Miraba con sádica complacencia al que empezaba a agitarse, sudoroso y lívido.

Ulrico Wolemburg, vendado el semblante, fijaba su única pupila en la mujer que poco antes habíale besado ardorosamente.

Los gritos del supliciado no conmovieron a los dos circunstantes. La antorcha humana retorcióse, y de pronto se levantó…

Las llamas habían devorado las ligaduras. Rupert Wherung echó a correr.

Ulrico Wolemburg, desenvainando, iba a perseguirlo, pero en su hombro se posó la mano de ella.

—Déjalo, Ulrico. Es una llama viva, y el mismo aire que desplaza en su huida aumenta el fuego.

Cuando ambos salían de la estancia, vieron al extremo del corredor, en el suelo, unos miembros ennegrecidos, restos aún llameantes del que fue el reitre Rupert Wherung.

—Giacomo y Clara, en la mazmorra… —anunció Wolemburg.

Atormentó Beatriz por unos instantes la empuñadura del largo estilete llamado «misericordia», que el reitre había desclavada del artesonado techo valiéndose de una lanza.

—Después… Ahora, atiéndeme, Ulrico. Odio a ese hombre, como nunca nadie odió ni odiará. Un hombre que me despreció. Un hombre ante el que me humillé.

—Mil suplicios conoces.

—Los resistiría, porque es la barbarie valiente en persona. Debo herirlo de otro modo.

—En quien quiere.

—¿A quién quiere?

—La mujer que aquí estuvo. La calabresa de los verdes ojos, la arisca y orgullosa.

Destellaron los ojos de la hermosa tudesca.

—Eso es. Bárbara Foscari. Pero no basta. La vida de Dago Corsi es conocida por todos. Quédate aquí. Iré a visitar al Podestá.

—Vela tu faz, que si eres reconocida por Dago Corsi…

—Esperaré al anochecer. La venganza es más sabrosa cuanto más lenta. Tengo hambre, Ulrico, y sed. Ansia de vivir… Cuando Dago Corsi gima ante mí, cuando muera escarnecido y humillado, entonces abandonaremos esta sangrienta isla.

—Dos somos, y Dago cuenta con cientos de luchadores.

—Tu cerebro es torpe, Ulrico. Eres fuerte y fiel, pero bestia. Una hermosa bestia… Sírveme vino dulce, en mi alcoba.

Ulrico Wolemburg fue a las alacenas, mientras ella dirigíase al subterráneo. Y al otro lado de la reja, tras abrir la puerta, permaneció estremeciéndose de placer, contemplando el llanto de Clara d’Evisa y el furor silencioso de Giacomo d’Evisa.

Por abatimiento Clara, por dignidad Giacomo d’Evisa y por refocilamiento Beatriz Goldstein, guardaban silencio, hasta que, al fin, dijo la tudesca, con escarnio:

—Estaré atractiva con el negro velo de luto, Giacomo. Tuviste ingenio en tu intento de venganza, pero te enseñaré a sufrir. Eso es, abrazaos estrechamente, como si os asustara el verme. Estáis enternecedores. Hasta pronto.

Cerró ella la puerta, y recompuso el gesto alterado por sus malos instintos.

En la alcoba, Ulrico Wolemburg disponía sobre una mesita manjares y el frasco de cristal tallado que transparentaba dulce vino de Chianti.

Instalóse ella, y, empezando a comer, pidió:

—Explícame cómo acudiste tan a tiempo, Ulrico. Pausadamente fue el reitre exponiendo lo sucedido. Cuando aludió a la exclamación con que le había saludado, confundiéndolo, el menestral albañil, Beatriz Goldstein mantuvo en suspenso la mano que tenía delicadamente una porción de perdiz en gelatina, y examinó al robusto mercenario.

—Cierto que tu armadura, y tu aspecto con los vendajes, pueden hacer que parezcas el condotiero Renzo. Pero de nada sirve. Estoy fatigada. Quiero dormir. No iré a visitar al Podestá. Llevarás este mensaje que ahora escribiré.

Y con rápido rasgueo, grasientos aún los finos dedos, escribió la tudesca:

> «Excelencia:
>
> »Me interesa sobremanera obtener de vuestra cordial amistad una relación de las personas que gocen del privilegio de suscitar afecto a Dago Corsi, mí personal amigo. Por tratarse de sorpresa agradable que preparo a vuestro aliado…».

Interrumpióse para romper el pergamino. Murmuró:

—Es demasiado ladino Giordano Stefano para poderle engañar. Es preferible que acudas a los corrillos de tabernas, Ulrico, Y sabrás lo que me interesa: quiénes son las personas a las que ha favorecido Dago Corsi. Es vehemente y pasional; por lo tanto, varias serán las mujeres que le inspiren algo semejante a humano afecto. Confío en ti, Ulrico. Y si ha de favorecer tu labor, acepta que te confundan con «Faciatosta».

La reciente irrupción del Diablo Corso en la vida pública de Ajaccio era el tema obligado de todas las conversaciones.

Ulrico Wolemburg no tuvo que hacer más que escuchar. Dióse cuenta que a instantes le miraban con no disimulado respeto admirativo y cariñoso, al circular la voz de que muy posiblemente era «Faciatosta», el guerrero de rostro velado.

Informó detalladamente a Beatriz Goldstein, a la que despertó. Y una alegre carcajada brotó de la garganta de la tudesca al terminar de hablar el reitre.

—¿Sandra Renzo y la condesa Montemar? ¿Quién mejor que «Faciatosta», el noble condotiero todo corazón? Escucha, Ulrico… De ti depende mi triunfo; mi recompensa será digna de mi odio satisfecho… Ahora te detallaré lo que has de hacer…

* * *

Ugo Paolo Renzo, según habían decidido de mutuo acuerdo él y Giordano Stefano, el Podestá, tenía a su cargo como misión de

defensa contra la próxima amenaza de los invasores el defender por tierra una posible acometida al sur de Ajaccio.

Y para ello ocupaba, con su estandarte, el demudo castillo del Duino, que sus hombres fortificaban. Además, acudían otros patricios con sus mesnadas, para ponerse bajo su mando.

La vecindad del castillo de Montemar, sólidamente pertrechado, entraba también a ser bastión de apoyo para el condotiero.

Por eso, excusándose ante su conciencia, «Faciatosta», delegando mando en su principal capitán, encaminóse hacia el castillo de Montemar, y fue con agrado como recibió la sonriente acogida de Giovan Fierro, el maduro capitán de Montemar.

Ambos eran espíritus sencillos…

—¿Por qué esas guirnaldas floridas capitán Fierro?…

—Todos los vasallos de la casa Montemar están muy contentos, «Faciatosta».

—¿Por qué?

—La noticia de vuestros esponsales con mi señora madona Altiera ha producido el más vivo entusiasmo. ¿Sabéis qué decía la anciana Cationa, la matriarca de los curtidores? Afirmaba que un enlace igual da lustre a la tierra corsa, porque en vos se une la nobleza de blasón a la de acciones, y que sois dechado de caballeros…

—La buena Cationa tiene miel en el pico. Sus elogios me complacen, porque la gente humilde tiene buenos sentimientos. Y dime, viejo amigo: ¿desde cuándo no me tuteas? ¿Es que me reprochas el haber osarlo pedir la mano de tu dueña?

Rió contento el capitán de armas, y con tímida brusquedad palmoteo el espaldar de hierro de la armadura.

—Estás de buen humor, «Faciatosta». Siempre soñé en que madona Altiera se casase contigo. Pero… eres el jefe de los dos castillos.

—Sandio —dijo el condotiero. Y el palmoteo que propinó en el hombro del capitán de Montemar encogió a éste.

La entrada en el patio de armas de Altiera Montemar hizo que el rudo condotiero, cohibido, chocando los tacones, cuyas espuelas resonaron ruidosamente, irguiera el busto como si se hallara ante una reina.

Giovan Fierro alejóse, y Altiera, apoyando su mano en el

antebrazo de Ugo Paolo Renzo, le invitó:

—Tengo que hablaros, Ugo. Estoy inquieta. Mi hermana Alicia ha cambiado profundamente. Desmejora…

—Fue para ella una fuerte impresión el verse ante Dago Corsi.

—Por la noche la he estado velando, porque dormía atormentada por pesadillas. Y era extraña su agitación… Lanzaba a veces gemidos de horror…, y otras, sonreía, murmurando que huiría, abandonando el castillo para seguir… para reunirse con él.

—¿Con Dago Corsi?

—Sí.

—¿Creéis, pues, que Alicia está… está enamorada del bandolero?

—Le teme, y, a la par, siente nostalgia… ¿Qué debo hacer? Os tengo respeto y cariño, Ugo… Sois para mí un leal consejero, un padre, un hermano… Ya os dije que me enorgullecía de casarme con vos, porque en la casa de los Montemar sólo un Renzo podía mandar.

—Me conmueven vuestras palabras, Altiera. No aspiro a más que ser vuestro hermano. Soy indigno de vos… No me interrumpáis. —Y el condotiero, bruscamente, dobló da rodilla, aplicando contra la diestra de la condesa su frente rodeada de mallas. —Os adoro, Altiera, con el mismo fervor místico que se contempla a una Virgen. No aspiro a más merced que la de ser vuestro defensor…

—Alzad, Ugo… Yo soy la indigna de que me améis… Os quiero con afecto de hermana y sumisión de hija… Pero mi corazón, mi pensamiento, pertenecen… ¡Es horrible! —Y la siempre altiva castellana cubrióse el semblante con las manos.

Levantado, Ugo Paolo Renzo, velada la faz, mortecina la pupila, opaca la voz, dijo tan sólo:

—¿También vos le amáis?

—Sabré vencer ese sentimiento impropio. Seré vuestra esposa, y olvidaré… Pero… Alicia…

—Vigiladla. Yo os prometo que prefiero incurrir en el rencor de vuestra hermana…, y quizá en el vuestro…, a permitir que el mal se cierna sobre vuestras existencias. Dago Corsi tiene arranques generosos, por capricho de soberbia…, pero es inhumano. La nostalgia que puede produciros su ausencia se extinguirá con el tiempo.

Abandonó el condotiero el castillo, con un decidido propósito. Retaría a duelo al bandolero, y tenía la convicción de que para tan justa causa el triunfo de las armas le favorecería.

Llevaba a lento paso su caballo, ensimismado. Al pasar bajo un olivar pareció que una rama se desprendiera, y sobre su espalda cayó Ulrico Wolemburg, que, esgrimiendo en altibajo un puñal, lo hincó repetidamente en el intersticio que dejaba el casco en su unión con la espaldera de hierro.

Bajo el doble peso, se mantuvo quieto el caballo. Fríamente, el asesino ató las riendas alrededor del tronco en cuya cima habíase escondido al ver acercarse al condotiero.

Derribó al suelo a su víctima, y procedió a quitarle las prendas, para revestírselas. Arrastró el cuerpo hasta un cercano matorral, y lo cubrió con ramas y hojarasca, después de quitarle el anillo con el escudo.

Montó en el corcel de Ugo Paolo Renzo, y deshizo lo andado por el condotiero, deteniéndose ante el puente levadizo que descendía al verle llegar.

Giovan Fierro, al ver inmovilizado al que creía su amigo, avanzó.

—Breve fue tu visita, «Faciatosta». Bien haces en prolongarla.

El negro velo que cubría la faz del reitre amortiguó su voz.

—Doy escolta a madona Altiera.

La fórmula de invitación a paseo fue transmitida por el capitán de armas a la condesa de Montemar, que, sin la menor extrañeza, ordenó preparar una hacanea.

Se disponía a salir, cuando en el umbral se interpuso su hermana Alicia.

—Si sales, ¿puedo acompañarte, Altiera?

Accedió la hermana mayor, deseosa de evitar que la soñadora doncella quedase a solas con su nostalgia.

Y poco después, ambas, montadas en sendas jacas, flanquearon Ulrico Wolemburg, que, apagando su voz, murmuró:

—Una buena amiga nos espera, madonas. Permitid que os preceda para mostraros el camino.

No era mucha la distancia, y al divisar la arboleda de la mansión de los
d’Evisa,

Altiera Montemar pensó que hacía mucho tiempo que no había visto a Clara d’Evisa.

Tras el silencioso jinete, y sin el menor recelo, penetró con su hermana en el recoleto recinto umbrío de los jardines, donde por la mañana habían tenido lugar sangrientos sucesos.

Desmontaron, y, siempre precediendo, atravesó Wolemburg varias salas, hasta descender unas escaleras. Abrió una puerta, descorrió un cerrojo, y entonces, volviéndose, con brutal ímpetu, empujó a Altiera de Montemar, que, cayendo, rodó por las escaleras, que conducían al suelo del subterráneo.

Alicia de Montemar, paralizada de estupor, quedó inmóvil. Casi no se dio cuenta de que, con otro empujón, el reitre cerraba tras ella la puerta de la mazmorra, donde ya Giacomo d’Evisa y Clara esperaban la peor de las suertes, en poder de Dama «Misericordia».

Capítulo V

PLENO ACUERDO

Luys Gallardo, a la invitación de Abdul Hamez, avanzó, y arrancó las cuatro dagas. Después, sentóse a la misma altura que el obeso pirata.

—Tendrás deseos de reposar, Rasuni —dijo el turco—. Que Alim te acompañe y te sirva.

Saludó «Siete Vidas», y prestamente levantóse el efebo para irse en compañía del castellano.

Extendió la diestra carnosa el pirata, para, asir el tubo de su narghilé, y con él señaló al corsario bretón, que seguía de bruces.

—Es Truand Lascar, capitán de mar, cautivo, que ha accedido a servirme. Su consejo nos puede ser útil. ¿Has de hacer alguna objeción a que escuche nuestros acuerdos, messer?

—Si tú no la haces, yo no veo inconveniente en que uno de mi raza pueda asistir a discusión. Para mí el mar es terreno de combate desconocido.

—Largo es lo que tenemos de hablar, messer. Espero que Rasuni te indicaría mis intenciones.

—Rasuni es un perro que come migajas de tus manteles. Yo no me guío nunca por lo que los lacayos me dicen, sino por lo que oigo de labios de los jefes.

Denigrar a «Siete Vidas» era enaltecerlo ante el receloso turco.

—Tú eres el jefe en Ajaccio, messer.

—Tú, en el mar.

—Por eso te envié a Rasuni. Podemos, llegando a un acuerdo, adueñarnos de la ciudad.

—Yo, con mis piojos, puedo meterme en la bolsa, sin tu ayuda, a Córcega entera.

—Los invasores te impedirían disfrutar el botín.

—¿Qué propones?

—Mis tres galeotas abrirán fuego de bombarda la noche que señalemos. Aprovechando el desconcierto, tus hombres podrán asaltar las casas. Y a mi bordo tendrás lugar para tu botín, y te conduciré a isla griega, que no alcanzarías sin mi ayuda.

—No fue esto lo que me dijo Rasuni.

—¿Qué dijo?

—Tus galeotas defendiendo la bahía, me permitirían, no ya conquistar la ciudad, que esto lo puedo, sino presentar barrera a las naves de los genoveses.

Y entonces, rey de Córcega sería.

El turco hizo un gesto evasivo. Señaló al bretón.

—Que no sean mis labios los que indiquen la imposibilidad de sostenerse en esa posición. Truand Lascar conoce bien la política de este mar. Demuéstranos tas conocimientos, capitán Lascar.

El corsario, siempre echado de bruces, reclinada la barbilla sobre los antebrazos, demostró su complacencia, mientras exponía:

—Una alianza con turcos para dominar tierra italiana, uniría a las potencias inglesa y francesa. Y arrasarían Córcega. Poco duraría tu reinado, messer. Las naves inglesas hallarían el beneplácito español, que, de no estar ocupados en la conquista del Nuevo Continente, ellos mismos acudirían. Y no son mancos. Hasta ahora la rivalidad genovesa y corsa es asunto que, por dirimirse entre italianos, impide la intervención británica. Pero apenas hubiera barruntos de alianza con turcos, acudirían los británicos como moscas a panal de miel, porque les encanta, con el pretexto de ayudar, someter. Es, pues, irrealizable, aunque contaras con cien galeotas, messer, tu proyecto de reinar en Córcega, con la ayuda de la media luna.

—Explícito es el mozo —farfulló Gallardo, compenetrado con su representación del endiosado bandido brutal—. ¿Qué servicio te ha de prestar, capitán Hamez?

—Botín de esclavas para el harén del Gran Visir.

—Fruta del árbol que tú te dispones a sacudir, messer —dijo, campechanamente, el bretón.

—¡Mala peste te pudra! —Gruñó el trovador—. Calla cuando no se te pide respuesta.

—El capitán Lascar hundió una nave del Gran Visir —dijo, suavemente, Abdul Hamez—. Se jacta de ser el mejor marino corsario de Francia…

—De todos los mares —corrigió el bretón. Y, extendiendo un brazo, apuntó a Gallardo—. Y en cuanto a ti, buen mozo, no me perdones la vida, porque no tolero bravuconadas.

—Paz —dijo el turco—. No te encolerices, messer. El capitán Lascar no le tiene respeto a nada ni a nadie. Fue un corsario audaz, y quiere morir bravamente. Dejémosle con su temeraria insensatez en ese aspecto, considerando que su buen conocimiento del litoral corso puede ayudarte a comprender que no hay falacia en mis palabras. Dime, messer: ¿has elegido anclaje para mis naves?

La pregunta fue hecha en tono banal. No obstante, con ello, quería saber el turco si el Diablo Corso habíale preparado celada para apoderarse de sus galeotas.

Luys Gallardo encogió los hombros, con fingida indiferencia.

—Nada sé de cosas de mar. Elige tú, o, puesto que has ofrecido los servicios de ese… matón, para arbitrar, que él indique el mejor lugar para el anclaje.

—Eso será si me da la gana —replicó el aludido, sonriente, pero acerados los claros ojos azules.

Abdul Hamez habló como un paciente maestro que se divierte, pero recrimina a un niño:

—Te lo ruego, capitán Lascar, ilústranos.

—Enseñar al ignorante fue siempre mi benevolencia —replicó el bretón, levantándose.

Arrancó del suelo la lanza que se hincaba en la arena a través de un eslabón de su grillete, y empezó a dibujar en el suelo.

—La entrada de mar libre para acceso a Ajaccio, forma como las fauces de un perro. Pongamos que el colmillo superior, éste, es el que termina en el cabo Vignola, que apunta hacia las islas Sangrientas, las de Mezzomare y Barbicaja. El colmillo inferior, al sur, lo forma cerrando la bahía la Punta Crociata. Como lo más lógico es que, en caso de ataque, los genoveses entraran por las Sangrientas, yo, dueño de las tres galeotas, ocuparía las Sangrientas con dos, y la tercera nave la anclaría en Punta Crociata.

—Excelente posición, capitán Lascar. ¿Qué opinas, messer?

—Las naves tuyas son, y las remojas donde se te antoje.

El bretón escupió con desdén, para exclamar:

—¡*Tonnerre et misare*! ¡Remojar! Esta fauna terrestre es execrable. Se dice recalar, buen mozo. Estás muy verde en cosas de mar.

—Galleas mucho para ser cautivo.

—Cautivo es el que se amilana y gime. Yo me engallo y escupo.

—Si en mi poder estuvieras, quizá cacarearías menos.

—Paz —repitió Abdul Hamez, satisfecho de la irritación que, al parecer, producía el bretón al hombre que se había atrevido a lanzarle las dagas—. Vamos a lo nuestro, messer. El capitán Lascar ha hablado como buen marino. Acepto anclar donde ha señalado. Pero hay un punto en el que debemos ponernos de acuerdo.

—Veamos.

—Las islas Sangrientas son pobres. Las ocupan pastores en reducido número y una comunidad de profetas de tu religión.

—Monjes —aclaró Gallardo.

—Como las noticias se propalan rápidamente, interesa que quede ignorada mi llegada. Por lo tanto, a favor de la noche, los tripulantes de dos de mis galeotas arrasarán la isla de Mezzomare y la de Barbicaja, sin dejar a un solo ser con vida. ¿Te parece excesiva mi prudencia?

—Se me da un ardite de guardianes de cabras y de sayales.

—Bien. Mi nave ocupará Punta Crociata, y por hogueras sabré que mis otras dos galeotas han dejado limpias las islas. ¿Me harás la merced de honrar mi bordo hasta Punta Crociata?

—De un modo u otro tengo que regresar a Ajaccio. ¿Hay mucha distancia por tierra desde Punta Crociata hasta la ciudad?

—Unas cuarenta leguas. Un último punto en que debemos acordar. ¿Qué noche te parece la más adecuada para asolar Ajaccio?

—Cualquiera es buena.

—Entonces, con señal de hoguera te la indicaré, messer.

—Ya nada queda por decir. Nunca he visitado una nave de bancos de remeros.

—Tuyas son, messer. Puedes a tu antojo recorrerlas. Eres mi invitado de honor.

Levantóse Luys Gallardo.

—¿Cuál es la principal?

—La almirante, terrícola —corrigió el bretón.

Abdul Hamez señaló la nave almirante.

Luys Gallardo descendió del estrado. Se detuvo ante Truand Lascar.

—Tendremos ocasión de hablar tú y yo, charlatán.

—No me hagas languidecer en la espera, pichón.

—¿Sabes quién soy?

—Dago Corsi, el asesino que apodan «Diablo», y yo, para abrir boca, necesito media docena de pobres diablos como tú.

Luys Gallardo, íntimamente, sentíase simpatizando con el insolente corsario. Admiraba la valentía de los que, aun con un pie en la tumba, no perdían arrogancia.

Pero era a Dago Corsi a quien estaba suplantando…

Frunció el ceño para farfullar:

—Cuando Abdul Hamez y yo hayamos logrado nuestro propósito, tú y yo nos veremos las caras. Ahora eres un piojo preso de mi aliado.

—Si te pico, ráscate.

Marchóse el trovador, mientras el bretón reía sonora y burlonamente. La triple papada, el estómago y el abdomen de Abdul Hamez moviéronse en silenciosa risa.

—Infeliz… —comentó Lascar—. Esos asesinos de tierra adentro se creen listos. Bien lo has engatusado, capitán Abdul. Ha aceptado todo cuanto has dicho. Mas te hubiera costado tratar conmigo.

—Tú eres hombre de mar. ¿Qué te parece messer Corsi?

—Un cerdo.

—¿Por qué?

—Vende a sus compatriotas, y declara que no le importa que degüelles a pastores y monjes.

—Tus sables de abordaje degollaron a muchos…

—Sí. A turcos principalmente.

—Vivirás poco, capitán Lascar.

—Pero a gusto.

Dio Abdul Hamez varias palmadas, de distinto diapasón. Con veloz y silencioso andar, cuatro etíopes rodearon a Truand Lascar, aplicando en su pecho y espaldas las puntas de sus lanzas.

Sonrió Abdul Hamez.

—No me sirves ya, cautivo. Volverás al banco. Me has divertido bastante. Ahora tu dura frente no te será útil. Las lanzas te

atravesarían.

Dio el turco otras palmadas, y un cómitre apareció llevando cadenas. De repente, Truand Lascar se agachó, y su cabeza, proyectada en salto hacia delante, como si se zambullera, alcanzó de lleno el estómago del cómitre, que quedó sentado, con muecas de dolor, gimiendo…

Pero abatiéronse sobre el bretón varios turcos que, tras recia lucha, consiguieron encadenar al que intentaba huir.

Desde la orilla, Luys Gallardo presenció la escena.

Abdul Hamez acaricióse las amplias barbas.

—¿Sabes en lo que pienso, cautivo?

—No; pero sí sé lo que pienso yo. Colgado por una pata, serías un magnífico ejemplar de marrano, aunque no probaría tus jamones, porque no quiero perecer envenenado.

—Pienso qué será mejor… Si hacerte despellejar y meter en barrica con sal, o a latigazos convertirte en túrdigas.

—Esas diversiones no impedirán que seas un gordo y enfermizo inútil, de venas hinchadas, que reventarás pronto.

Abdul Hamez levantóse con lenta dificultad. Desenvainó su alfanje, y tanteó con el índice la hoja.

El bretón irguió la cabeza. El cómitre, ya en pie, ayudado por los etíopes que sostenían al encadenado corsario, le obligó a arrodillarse, a fuerza de, puntapiés y empujones.

Descendió Abdul Hamez… Alzó el alfanje…

—Te decapitaré, cautivo.

Pasó el ido de la hoja corva por la nuca del bretón…

Los labios del corsario movíanse en plegaria. Quería reconciliarse con el Más Allá…

Envainó Abdul Hamez…

—Te decapitaré cuando te queden sólo escasos alientos. Conocerás el arte de mis verdugos. ¡Llevadlo a mi bordo! ¡Encadenadle al palo mayor!… Y prestos todos a levar anclas.

CAPÍTULO VI

TENTÁCULOS

En el tránsito entre la Edad Media y el Renacimiento, que se inicia a fines del siglo XV, y que sirve de marco a estos relatos, el crimen, la intriga y el enredo eran métodos usuales a diario.

Pero el suelo italiano, entre todos los europeos, distinguíase por la siniestra continuidad de conspiraciones, venganzas y mortandad.

Muchos eran los tenebrosos hilos que desde lejos eran manejados para excitar el fuego latente entre italianos, impidiendo su unión. Y de todas las vastas conspiraciones internacionales encaminadas a mantener a Italia dividida y en guerra, una patrocinada y financiada por la Banca de San Jorge, y representada por genoveses y franceses, tenía por finalidad someter la isla corsa al yugo genovés.

Conocíase por El Pulpo la organización de agentes que en la sombra urdían y tejían maniobras destinadas a facilitar la próxima invasión de fuerzas mercenarias de lansquenetes, reitres y gascones.

Dos de sus principales agentes, instalados ya subrepticiamente en Ajaccio, eran el inglés Charles Mombray y la seductora francesa Viviane d'Aurigny.

Y dos de sus marionetas elegidas para servir de instrumento eran Sandra Renzo y Gubio Orsini.

El silencioso amor del *bravi* Orsini, premiado y correspondido en noche de angustia y soledad por la hermana del condotiero, iba a ser explotado por indicación del misterioso personaje enmascarado, conocido tan sólo por los dos agentes como «Excelencia», y que era uno de los tres prohombres públicos de Ajaccio.

Cuando por segunda intervención de Luys Gallardo lograron

evadirse Sandra Renzo y Gubio Orsini de los tentáculos de El Pulpo, el *bravi*, dando escolta a su amada, encaminó los pasos hacia el pequeño puerto de pasaje, sito al oeste de Ajaccio.

No había nave alguna que zarpara hacia Roma.

Y en el mesón donde se alojaron ambos notificó el posadero que al día siguiente tocaría el velero en que podrían seguir viaje rumbo a tal ciudad.

Lo que ignoraban Gubio Orsini y su pareja era que por orden especial del misterioso enmascarado cinco adiestrados espadachines habían seguido su huida de la casa habitada por Charles Mombray y Viviane d'Aurigny, y que tenían orden de capturar con vida a ambos, y trasladarlos a la casa solariega del exterior, donde esperaban tales agentes.

Pese a ser Gubio Orsini un completo atleta ejercitado en multitud de combates, su reacción fue tardía ante la acometida conjunta de los cinco esbirros que sólida y expertamente, aprovechando el hallarlo tendido en el lecho, lo amordazaron y ataron de manos y tobillos con dobles lazadas unidas a la espalda.

Con más miramientos fue también atada Sandra Renzo. Y poco después, los cinco esbirros dirigíanse al lugar donde «Excelencia» esperaba.

Tenían que dar tres aldabonazos en la puerta posterior, como señal, y conducir a distintos aposentos a los dos prisioneros.

El que los mandaba aproximóse a la puerta posterior, y espaciados marcó los tres aldabonazos.

* * *

Antes de partir de Génova, Charles Mombray había recibido de Barnabó Lieto, el jefe de todos los agentes de El Pulpo, una instrucción: si cualquier contratiempo surgiese, bastaría que en la casa que como matrimonio ocupase en Ajaccio con Viviane d'Aurigny, y que les dejaría habilitada lujosamente un principal prohombre corso, al cual sólo conocerían enmascarado, y al que darían el título de «Excelencia», dejase flamear en el asta de estandartes de la entrada un pendón violeta.

Cumplió, vino el enmascarado, habló con irónica dureza, y

anunció que varios de sus esbirros traerían prisioneros a Gubio Orsini y Sandra Renzo.

Marchóse después de varias frases mordaces, al resonar los tres aldabonazos, y el inglés, insensible al incisivo desprecio que le había demostrado el enmascarado, dedicóse, antes de ir a entrevistarse con Gubio Orsini, a calibrar mentalmente lo que habíale dicho «Excelencia».

«Os traerán aquí a Gubio, y otros encerrarán a Sandra. ¿Para qué me tomo tantas molestias? ¿Para ayudaros? ¿Para seros simpático?».

Había replicado Mombray que no era tan ingenuo como para creer que ése era el móvil de la intervención suya.

«Vaya… No sois tan imbécil como suponía —replicó el enmascarado, ondeando gentilmente su enguantada mano—. Lo cierto es que por particularísimos motivos, que celebro coincidan con los de El Pulpo, ansío ver pudriéndose a Dago Corsi, muerto. Estudiemos ahora la actitud con la cual Gubio Orsini aparecerá aquí. Rabioso, pensando imposible su ambición de tener por esposa a una noble Renzo, que a la muy posible muerte de “Faciatosta” herede título y patrimonio…».

En la sala, donde Mombray meditaba, y Viviane
d’Aurigny
pulíase las uñas, penetraron varios de los *bravi* que habían acompañado a ambos aventureros.

Los tobillos, amarrados a su espalda con las muñecas por medio de doble lazada, dificultaban el paso de Gubio Orsini, que, amordazado, miró sombríamente a la pareja.

Continuó Charles Mombray meditando. Su máscara romana era repulsiva, con los contornos blandos de un degenerado Calígula…

«Hoy por hoy, Sandra Renzo no posee fortuna, y no podrá contar con la ayuda material de “Faciatosta”, no sólo porque éste se entrega alma, cuerpo y bienes a la defensa de este suelo salvaje, sino porque el integro condotiero repudiará a la que prefirió dejarse enamorar por un bravi, a seguir desconsolada. Por tanto, hay en Gubio un afán doble: deseo de recuperar a su amada



—Estamos enterrados en vida, Wherung...

y deseo de poseer oro con el cual vivir placenteramente en Florencia. Vos le podéis proporcionar ambas cosas. A él le es posible jugar junto a Dago Corsi. Ingeniad el modo de que pueda matarlo…».

Dejó de pensar Charles Mombray en «Excelencia», para mirar a Gubio Orsini.

—Quitadle mordaza y ligaduras —ordenó.

Aunque extrañados, los *bravis* obedecieron, y con prudente estrategia, formaron semicírculo a espaldas de Orsini, con los aceros desenvainados.

Gubio Orsini se frotó lentamente las muñecas.

Viviane d'Aurigny meditó que daba la razón a Sandra Renzo al haberse enamorado del guapo, aunque sombrío Orsini…

—Brevemente, Gubio Orsini —dijo el inglés, levantándose y avanzando unos pasos—. Te supongo un hombre inteligente. Estos hombres nos dejarán a solas. Podrás agredirme…, pero ellos irán a custodiar a madona Renzo, y están oyendo mi orden de matarla si algo sucede. Podéis iros.

Los *bravis* abandonaron la estancia.

—La situación es evidente. Gubio Orsini. Yo soy un simple instrumento, un tentáculo. No tengo contra ti ni contra madona Renzo el menor resentimiento.

—¿Por qué, pues, estoy aquí?

—Porque tu destino ha querido que puedas serme útil. Y como voluntariamente quizá no accederías a lo que voy a solicitar, he tenido que recurrir, contra mi voluntad, a disponer de madona Renzo.

—Déjala libre a ella…

—Contigo lo será. ¿Has pensado que no tienes bienes de fortuna ni ella podrá disponer de los suyos hasta que no muera «Faciatosta»?

Viviane d'Aurigny empezó a interesarse en la conversación. Gráficamente calificó el propósito de Charles Mombray como el del cazador que, de lejos, se dispone a matar dos pájaros de un mismo tiro.

—A los intereses que represento, la muerte de «Faciatosta» supone un acto meritorio que será bien premiado.

—Es hermano de ella.

—Os iréis a Florencia, y nunca sabrá que tú lo mataste.

Tácitamente el *bravi* aceptaba…

Opuso alguna resistencia, por formulismo.

—No es tan fácil encontrar a solas a «Faciatosta».

—Tráeme su anillo, señal de su muerte, y recibirás cincuenta mil florines.

La cifra hizo pestañear, agradablemente sorprendido, al bravi.

—Ahora bien —continuó el inglés, aprovechando el momento—, para que puedas irte con madona Renzo necesito otra muerte.

—¿Quién más?

—Dago Corsi.

Con rictus sardónico, Gubio Orsini tocóse el pecho.

—Quiero vivir.

—Dago Corsi ha intervenido en tu favor. Podrás acercarte a él, sin que desconfíe. Otros cincuenta mil florines, y libertad para madona Renzo. Amor y riqueza. Total… ¿contra qué? Contra dos hombres a los que puedes acercarte fácilmente.

—Por ella —dijo secamente Gubio Orsini. Cruzó el índice y el pulgar, los besó y dijo—: Juro cumplir.

—Sin juramento; bastará a tu inteligencia que comprendas que si cien mil florines te doy a ganar, es porque otros tantos percibiré yo en Génova.

Gubio Orsini asintió en silencio. La brevedad comercial del inglés le había convencido.

Estaba ya fuera de la casa, cuando Viviane d’Aurigny manifestó su sorpresa:

—¿Ordenó Lieto que dieras muerte a «Faciatosta»?

—No.

—¿Entonces?…

—A manos de agentes genoveses, la muerte de «Faciatosta» le convertiría en mártir, y exacerbaría el odio de todos los corsos… Pero cuando en el cadáver de Gubio Orsini sea hallado el anillo de «Faciatosta», relacionarán la muerte del condotiero con el problema personal del asesino, que deseaba, no sólo tener por esposa a Sandra Renzo, sino también los bienes de Ugo Paolo. ¿Y qué esperar de un vil asesino como Gubio?

—Cierto —dijo ella, bostezando—. Pero al menos él es inferior a ti en vileza. Porque mata exponiéndose…

—Cuestión de cerebro. Él es un asesino matarife, y yo un artista.

—¡Bah!… Me reservo mi particular opinión, aunque reconozca

que a Barnabó le gustará hayas sabido dar con el medio de presentar el asesinato de «Faciatosta», como simple crimen de un *bravi* enamorado y ambicioso.

* * *

En la playa cercana a la gruta de Anfitrite, donde acampaba la cuadrilla de Dago Corsi, montaban guardia los caballistas de Filipo Ferrante.

Uno de ellos dio el alto al hombre que se acercaba.

Sin inmutarse, Gubio Orsini dijo autoritariamente:

—Necesito ver a tu jefe. Me envía madona Renzo, que suplica a tu jefe acuda en su ayuda.

—Tendrás que regresar dentro de unos días. Está ausente Dago.

Mohíno, alejóse el *bravi*. Pensaba más en los cien mil florines que en la libertad de Sandra Renzo, aunque admitía que esposa rica por herencia a la muerte de «Faciatosta», era miel sobre hojuelas.

Decidió encaminarse hacia el Dunio, y estudiar la posibilidad de apuñalar a «Faciatosta» en el más propicio momento.

Estaba a medio camino de uno de los senderos que desde la playa conducían al cruce de caminos con Ajaccio y las montañas, cuando se apoyó contra un árbol, creyéndose objeto de una alucinación.

Fijóse más detalladamente… Era, en efecto, «Faciatosta», el jinete que a lento paso de caballo acercábase.

Ulrico Wolemburg, después de encerrar a las dos hermanas Montemar, y tras recibir efusivos plácemes de Beatriz Goldstein, aceptó estólidamente el postrer trabajo: Tratar, valiéndose de su suplantación, de apoderarse de Bárbara Foscari. Si estaba ausente Dago Corsi, bastaría con que dijera que el bandolero requería a la calabresa.

Y Ulrico Wolemburg, el hombre que mataba a traición, murió víctima de sus propios métodos.

También Gubio Orsini sabía que el mejor punto vulnerable de la armadura era la intersección entre el casco y el espaldar. Y allí hundióse varias veces la punta del puñal esgrimido reciamente por el bravi, mientras de un salto montaba en la grupa del caballo, atacando por la espalda al reitre.

Despojó, del anillo robado a «Faciatosta», la diestra del reitre, y

limpió la ensangrentada hoja de acero en la tela que cubría la faz de Ulrico Wolemburg.

Con el pie fue empujando el cuerpo hasta el borde del terraplén, obligándole a rodar sobre sí mismo, y en último puntapié, despeñó el cadáver del tudesco.

Brillaba la luna, y Gubio Orsini sintióse contento. Había ganado ya cincuenta mil florines… y un buen caballo.

Era inútil que volviese a la mansión donde estaba prisionera Sandra, basta no poder llevar palpable prueba de la muerte de Dago Corsi.

Por eso se tendió en recoleto paraje herboso. Aguardaría la llegada de El Diablo Corso, y pensó que, en efecto, le sería fácil matarlo, puesto que por motivos puramente caprichosos, el bandolero para todos tan temible, manifestaba cordialidad hacia Sandra y, por lo tanto, a él.

Sorprendería la confianza del bandolero… Durmióse pensando en los cien mil florines y en la herencia de Sandra Renzo.

Gubio Orsini tenía mucho de fiera. Por eso un sexto instinto le advirtió que algo se interponía entre los rayos lunares y su figura tendida.

Prestamente estuvo en pie, enrollada la capa que hasta entonces sirvióle de almohada, alrededor del antebrazo izquierdo, mientras su diestra dirigía rectamente ante él la punta de la espada.

No sabía la hora que era. Murmuró, atónito:

—¿Eres tú, messer? Me dijeron que estabas ausente.

Dago Corsi, que con el alegre trovador sólo tenía de común la identidad física y de atuendo, miró ceñudo al *bravi*.

Gubio Orsini, pese a su bravura sintióse impresionado por la tétrica amenaza que constantemente emanaba de la física presencia del verdadero Dago Corsi.

CAPÍTULO VII

NAVEGANDO

Las afiladas proas de las tres naves panzudas abrían surco líquido en el mar, tensas las velas impelidas por fresco viento, que daba descanso a los barbudos y resignados cautivos del remo.

Fueron alejándose rumbo al oeste, hacia las Sangrientas, las dos primeras galeotas, mientras, rezagada, la nave almirante desviábase hacia el nordeste, en busca de la Punta Crociata.

A bordo, también un estrado endoselado, a la diestra de la cámara, daba cómodo asiento y protección del sol a Abdul Hamez, en el castillete de popa.

Desde su posición, dominaba el turco pirata toda la nave. Veía los dieciséis bancos, a los que estaban sujetos con argollas, por las piernas, los cautivos remeros.

Entre los bancos, y en alto, tendíase un largo madero a modo de puente, por el que los dos cómitres de servicio, látigo en mano, paseaban.

En el centro de la nave, donde apuntalábase el mástil mayor, Truand Lascar, encadenado al palo, tensos los brazos hacia atrás, miraba con desprecio a Delfín Lechuga que, acodado en la borda, charlaba animadamente con Alim, el efebo de lindo rostro y delicadas manos.

Luys Gallardo, sentado junto a Abdul Hamez, daba fin a un exquisito yantar que le habían servido los etíopes, permanente escolta del jefe pirata.

—Fétida humanidad —dijo Gallardo, indicando en movimiento de mentón a los cautivos que, derrengados, dormitaban sobre el remo—. Son imagen de la impotencia y la miseria.

—Fueron hombres poderosos la mayor parte de ellos. ¿Ves aquel

gigante de pelo de llama y estrechos ojos rasgados que nos mira?

—Recio ejemplar de vikingo.

—Lo es. Se llama Goesta Framoer, y era capitán de nave, de isla donde las nieblas imperan. Gozó del favor del Gran Visir, pero tuvo un mal momento de rebeldía, y nadie puede rebelarse contra el absoluto poder del que reina en la poderosa Turquía. Si lo deseas, puedes hablar con ellos. Te demostrarán que nadie puede impunemente desafiar el poder de la media luna. Eres mi huésped de honor, messer. Tuya es mi nave. Mientras, reposaré. Nos aguardan horas de actividad.

En pie, el trovador señaló la base del mástil donde Truand Lascar encadenado, lío perdía un ápice de su arrogancia.

—¿Perdió el bretón tu favor?

—Sobrepasó el límite de tolerancia que a, sus insolencias le concedí. Si no hubiera de enojarte, te diría lo que opina de ti.

—No me enojan los ladridos de los perros.

—Dice que eres un cerdo porque vendes a tus compatriotas, y no te amilana la cercana muerte de monjes y pastores de tu raza.

Y el turco cerró los párpados. No le disgustaba el haber emitido su propia opinión, aunque fuera a través de las palabras del bretón.

El trovador descendió del castillete de popa. Se detuvo ante Truand Lascar.

Puso rostro torvo.

—Hola, traidor asesino —saludó el bretón—. Fíjate que tengo cadenas, pero no bozal. Andas como si el mundo te perteneciera, y eres un infeliz. Serás juguete de Abdul Hamez, porque eres un vil gusano terrestre y no puedes lidiar con gente de mar, Respira a fondo, cerdo. Esta brisa purifica las ideas, aunque las tuyas son de mal jaez. ¿Por qué no me demuestras tu valiente cobardía? Pega…

—Pareces muy deseoso de morir, Lascar.

—No muere quien quiere, sino quien puede. ¿Y qué es la muerte? Un viaje más… —Y extrañado, añadió el bretón: —Es curioso, pero casi percibo una nota de cordialidad en tu voz, aunque frunzas el ceño y mires colérico.

—Según parece, me tildas de cerdo.

—Pidiendo excusas a tan suculento animal, por la odiosa comparación, en la que sale perjudicado.

—¿No ibas tú a cometer la vileza de raptar mujeres para el

harén del Pachá?

—Mi historial es limpio, si es que tú sabes lo qué significa ser un hombre entero. Ya hubiese hallado modo de huir, y mientras, a bordo de las galeotas hubieran subido mujeres, muy satisfechas de cambiar de vida, mejorando. Pobres desgraciadas de puerto… Pero todo eso es latín para ti.

—Por lo que deduzco, Abdul Hamez te consideraba un excelente marino.

—Soy bretón, y fui jefe corsario, considerado el mejor de Francia.

—¿Son aquellos tus compañeros de remo?

—Sí.

—¡Imbécil deslenguado! —exclamó de pronto Luys Gallardo, como si no pudiera contenerse más.

Su mano zurda abofeteó de revés la cara del bretón.

Un cómitre enviado por Abdul Hamez alejóse. Luys Gallardo, sin modificar la colérica expresión de su semblante, dijo:

—Si te diera ocasión de quedarte sin cadenas, ¿qué harías?

Los claros ojos azules del corsario brillaron acerados.

—No hay luna. Puedo quitarle las llaves a un cómitre. Liberaría a los mejores… Esta nave puede ser nuestra… Dame otro golpe. Abdul Hamez nos mira… Tengo la cabeza a prueba de choques…

El manotazo hizo cerrar los ojos al bretón.

—El puerco turco disfruta, messer… ¡Y chantres!… Tus nudillos son de piedra. Ahí viene el mostrenco que te trajo…

Acercábase «Siete Vidas» con Alim. Truand Lascar husmeó el aire, arrugó las narices y dijo con desdén:

—¡Maldito muñeco! ¿Pues no huele a esencia de rosas? ¡Eh, levante! —interpeló al castellano—. ¿Cómo con tu estampa de gallo permites que este grumete te haga arrumacos? Os he estado viendo…

Y parecéis dos novios… ¡Puaf, qué asco!

Alim rió con perlada risa divertida. Y suavemente comentó:

—Nunca conocí a hombre más entrometido y desafiante. Reta a todos, y no es más que un cautivo condenado a muerte. Será que por su forma de pelear dando testarazos se le ha debilitado el seso. Excúseme, Rasuni, pero debo regresar junto a Abdul Hamez. Tengo que prepararle el narghilé.

Con su andar contoneante, alejóse el efebo.

Algo parecido a reproche alentaba en la mirada que Luys Gallardo dirigió a Delfín Lechuga, lo cual hizo que éste se apresurara a protestar:

—Es una muchacha italiana, llamada Mila, cautiva. Viste de hombre porque la ley turca prohíbe mujeres a bordo. Todos los tripulantes la creen hombre.

Truand Lascar sacudió la cabeza, como en gesto de alivio. Comprendía ahora por qué le había producido desasosiego la llamada Alim.

Pero inmediatamente pasó a pensar en lo que le inundaba de alegre esperanza.

—Esta noche no habrá luna, messer. La nave puede ser tuya…

Alejóse Luys Gallardo, y seguido por Delfín Lechuga, ambos en silencio regresaron al castillete de popa.

En un rincón quedó el castellano con la cautiva Mila, y Luys Gallardo acomodóse entre los almohadones diseminados por el estrado.

Abdul Hamez, aspirando lentamente el humo del narghilé, parecía adormilado. De vez en cuando contemplaba el rojizo tinte que adquirían las olas bañadas por el sol del crepúsculo.

En la cubierta de proa, los tripulantes turcos, que no estaban de servicio en las velas, dedicábanse a cenar.

Un total de treinta tripulantes había contado el trovador. Miró de soslayo a Delfín Lechuga y éste cabeceó como si le acometiera un pesado sueño, y, a instantes, mesábase una inexistente barba…

Luys Gallardo miró repentinamente a Abdul Hamez, que cabeceaba solemnemente, sin soltar el tubo del narghilé.

Levantóse el trovador para aproximarse al lugar donde se hallaban la cautiva adolescente y el levante.

Abdul Hamez reclinóse hacia atrás, y de su diestra cayó el tubo por el que aspiraba perfumadas hierbas de la pequeña redoma preparada por
Mila-Alim.

La italiana tenía la inquieta expresión de la persona que espera próximos acontecimientos. Había obedecido lo que le dijera su amigo Rasuni, aunque no tenía ninguna confianza en el éxito. Pero la vista de su tierra natal, habíale animado a preferir morir que

seguir soportando el capricho y el yugo del repulsivo pirata.

Había sido iniciativa de Delfín Lechuga, que al hallarse a solas con Mila, apenas llegado, preguntó:

—¿No te gustaría verte libre, Mila?

—Pregúntale al pájaro enjaulado si quiere volar, Rasuni.

—Volarás.

—¿Cómo?

—Obedeciéndome ciegamente.

—Manda y obedeceré.

—Cuando prepares el narghilé vespertino de Abdul Hamez, mezcla ese polvo con las hierbas.

—¿Soporífero?

—Dormirá como una marmota.

Tomó ella el saquito, sin más comentarios. Lo vertió en la redoma, y ahora, al ver cabecear al turco pirata, comprendía que no por eso dejaban de estar despiertos y vigilantes los demás de a bordo.

Pensaba que tal vez la intención de Rasuni era aprovechar la favorable coyuntura de la noche sin luna, para lanzarse al agua y tratar de evadirse con ella a nado.

Luys Gallardo silabeó con lentitud, en voz baja:

—Cuando obscurezca del todo, libera al del mástil y substitúyelo. En las tinieblas verán una sombra.

Regresó para sentarse junto al dormido Abdul Hamez. Las primeras sombras de la noche invadían la nave.

A popa y proa encendiéronse las linternas. Seguía el viento impulsando la nave.

Mila, obedeciendo al gesto de Rasuni, pasó a sentarse, como solía, a los pies de su tirano.

Descendió «Siete Vidas» del estrado, y se detuvo para charlar en turco con uno de los guardianes que daban escolta al estrado.

Dijóle que debido a la penumbra reinante, Abdul Hamez habíale confiado el encargo de rondar en inspección.

Asintió el turco, continuando inmóvil en su sitio.

Acercóse Rasuni al encadenado bretón. Y en voz baja, apremió:

—Messer Corsi me ordena darte libertad. Permaneceré en tu sitio, hasta que cumplas lo que él te indicó. Regresa aquí.

Mientras hablaba, sus manos actuaban. Por vez primera, el

charlatán corsario guardó silencio.

Tendido en el suelo, arrastrándose, desapareció Truand Lascar, rastreando hacia el compartimiento de los bancos.

Uno de los bretones, perteneciente a la antigua tripulación de la goleta de Lascar, no dormía. Soñaba ojos abiertos con el mar libre, y la venturosa existencia del marino en libertad.

Parpadeó creyendo sufrir alucinaciones, cuando vio que la sombra del cómitre llavero que efectuaba su paseo por el puente tendido entre los bancos parecía de pronto ser absorbida por el vacío.

Truand Lascar, acrecentadas sus naturales dotes de cauteloso luchador, atenazó por la cintura y la garganta al cómitre, y no sólo quebró todo amago de grito por parte del sorprendido guardián, sino que, rompiéndole la nuca, lo mantuvo en eterno silencio.

Revistió la larga hopalanda del turco, y cogiendo su látigo y su mazo de llaves, siguió paseando, encaramado en el puente.

Restalló una vez el látigo, y lanzando improperios, azotó el banco junto al bretón, despierto, que había sido su lugarteniente.

Ivés Le Quimper oyóse interpelar en *patois*, y el restallido del látigo, al igual que las palabras en dialecto bretón, fueron despertando a los demás bretones:

—¡Atención, mozos de Armor!

La mención de Armor, nombre de la tierra bretona entre sus naturales, pareció henchir los músculos, brazos y bustos de los corsarios de Truand Lascar.

—Echaré las llaves a Ivés Le Quimper.

Intercaló ahora varias de las interjecciones que en turco tantas veces había oído, antes de que el látigo del cómitre que las lanzaba le tundiera las espaldas.

Prosiguió:

—Le Quimper os libertará. No os moveréis, hasta no oír mi grito de «¡Mozos de Armor!». Entonces, merecerá haber nacido mujer, el que por lo menos no mate a dos turcos, y deje a otro con vida para que le sustituya en el banco. Ojo al envío, Le Quimper.

Las llaves fueron cogidas al vuelo, ávidamente, por el lugarteniente, cuya aguda vista, parecía haberse agudizado aún más.

Cuando quedó libre de piernas, las movió pausadamente, para

hacer circular por ellas la sangre, y vencer el hormigueo doloroso de la prolongada inmovilidad.

Fue arrastrándose… De vez en cuando su puño se abatía sobre la nuca de algún cautivo que no siendo de Armar, manifestaba síntomas de despertarse de su agotamiento, intrigado por el movimiento que entre los bancos percibía.

Los minutos parecían siglos para Truand Lascar, que siguiendo en su aparente ronda de cómitre, sabía que a la menor alarma, los tripulantes, alfanje en alto, degollarían a mansalva, a los que aún no habrían tenido tiempo de recuperar el dominio de la libre circulación sanguínea en las semiparalizadas piernas.

El sitio vacío de Ivés Le Quimper volvió a ser ocupado. Sonó una campana…

Con tenue silbido avisó el lugarteniente. Cogió al vuelo las llaves Lascar, que las agitó como para fundamentar el tintineo.

El relevo. Al otro lado del puente acercóse el cómitre de relevo. Dejó Lascar en el suelo el látigo y llaves, y alejóse.

Regresó junto al mástil, despojóse de la hopalanda, y ocupó el sitio hasta entonces protegido por Delfín Lechuga.

—Comunica a messer Corsi, que la nave será nuestra cuando grite con fuerza mi nombre. Atended vosotros a la escolta de Abdul. Buena suerte. Ya os echaré una mano.

Luys Gallardo había empleado un procedimiento especial para no sólo acortar la angustiosa espera, sino también aquietar a la, visiblemente inquieta cautiva Mila.

Pulsó la cuerdas de su laúd, y en lento canturreo improvisó estrofas sobre la fascinación del mar, la ansiada libertad, el triunfo de la audacia cuando se juntan hombres de temple alegremente arriesgado, y el consolador aplastamiento de las aves de rapiña.

El obeso pirata dormía profundamente.

Delfín Lechuga sentóse cerca de Mila. Cesó de pulsar el laúd el trovador.

—El bretón afirma que cuando grites su nombre, la nave es nuestra. Nos cuidaremos de la escolta.

—Que Alim, al llegar el momento, se proteja tras Abdul Hamez. Un buen escudo.

—Son muchos… —bisbiseó Mila.

La nave, enorme masa obscura en la obscuridad nocturna, seguía

avanzando raudamente, impelida ahora por la creciente fuerza del viento, que en el cielo iba acumulando densos nubarrones.

Levantóse el trovador, terciándose al hombro su laúd de plata. Descorrió el cordón trenzado en oro de su capa, para empujarla hacia atrás.

Apoyó las dos manos en los riñones, en cercanía a los pomos de las dagas enfundadas a su espalda.

Rasuni murmuró:

—Al parapeto, Mila. La mole humana de Abdul tendrá al menos por una vez, gracias a que está dormido, una finalidad protectora.

Obedeció ella. Desapareció tras el narcotizado pirata turco. Husmeó el aire con deleite, Luys Gallardo vio como Delfín Lechuga, también exultante y pletórico de la euforia del cercano combate, aproximábase a la otra entrada de la segunda escalera que daba acceso al estrado.

—Listos, mi amo —advirtió el castellano, dando juego a sus aceros, mientras su capa se enrollaba alrededor de su antebrazo zurdo.

—¡Truand! —clamó, estentóreo, el trovador.

Y como en eco transformado, otra estentórea voz clamó:

—¡Mozos de Armor!

CAPÍTULO VIII

EL DIABLO CORSO

Gubio Orsini, sonreía escasamente. No era hombre para tal debilidad sentimental. No obstante, quizá para desvanecer el íntimo temor que la taladrante mirada de Dago Corsi le producía, sonrió.

—Me dijeron que estabas ausente, Dago —repitió.

—Envaina —dijo, secamente, El Diablo Corso.

—Tu agradecido amigo soy, y bien lo sabes, messer —replicó dócilmente el asesino, enfundando los aceros.

—No tengo amigos. Y menos los quiero entre los piojos embusteros y desleales como tú. ¡Ay de ti si me mientes! Contesta, piojo… ¡Y mala peste te pudrirá si pretendes engañarme! ¿Para qué deseabas verme a mí?

—Sandra está en peligro.

—¿Y a mí qué?

—Nos, favoreciste des veces, messer.

Pensó Dago Corsi en el trovador que jugaba a caballero andante.

—¿Soy acaso tu ángel guardián? —rezongó irritado.

—¡Oh, no! —exclamó, sinceramente convencido, el bravi. Y pensó que cómo había sido posible que en las anteriores ocasiones hubiera encontrado amable a aquel hambre de abrasadora mirada y gesto cruel.

—Entonces, ¿a qué acudes?

—Sandra está prisionera.

—Que se pudra.

—Llora y gime invocando tu nombre.

—Llantos y gemidos de mujer son música ritual.

Pero de nuevo en la mente del insensible bandolero, plasmóse la imagen del «hidalgo lunático»…

Y añadió:

—¿Qué le sucede a Sandra?

—La tienen como rehén. Me han obligado a matar… a matar a «Faciatosta».

—Oportuna ha sido tu sinceridad. Estaba yo en peñasco de la costa, desde donde vi partir lancha… Pero esto no es asunto tuyo. Te vi… Buen salto traidor. Apuñalar por la espalda cuando no hay más que un adversario, no es de mi agrado.

—Se trataba de la vida de Sandra. No podía yo fallar… porque la amo.

—Tú no amas ni a la que te dio el ser. Los de tu ralea los conozco bien. ¿Dónde está Sandra?

—En una de las casas que pertenecen a Bruno Sarto, «El Espléndido». Lo sé porque me lo dijo Conrado Paolo Renzo.

—El dueño al cual servías y al que traicionaste. ¿Y qué razón tiene Bruno Sarto, «El Presumido», para malquerer a Sandra?

—No es él. Ocupan aquella casa dos agentes de El Pulpo.

—¡Mala peste los pudra! Explica con más claridad las cosas.

—Los conoces, messer. Ya les advertiste que se fueran de Ajaccio, y no te han obedecido, sino que han vuelto a las andadas.

—Conque no me han obedecido, ¿eh? Van a saber lo que cuesta burlarse de El Diablo Corso. ¿Y dos personas han podido contigo?

—Tienen diez *bravis* por escolta.

—Vamos allá. Quiero poner en claro por qué habitan en una de las casas de Bruno Sarto.

—Ni ellos mismos lo saben…

Echó a andar el bandolero. Tras él, Gubio Orsini, llevando de las riendas el caballo, sentíase gozoso.

Las anchas espaldas del que le precedía valían cincuenta mil florines, con un puñal atravesándolas.

Era fácil… Esperaría la mejor ocasión, que sería cuando dieran vista a la casa ocupada por Charles Mombray y Viviane d’Aurigny.

De pronto, volvióse Dago Corsi… Retrocedió asustado Orsini. Decían que El Diablo Corso podía leer el pensamiento ajeno…

—Pasa adelante, piojo. No sé cuál es la casa.

Obedeció el *bravi*.

—Bello potro —comentó Corsi, al desfilar delante suyo el corcel.

—Tuyo es —dijo, adulador, el *bravi*.

—Trae acá las bridas. Sigue camino.

Delante de un hombre montado a caballo, meditaba Orsini, difícil iba a serle poderlo apuñalar.

Siguió andando apresuradamente, en silencio. A una distancia de cien metros, indicó:

—Aquélla es la casa, messer.

Del arzón del caballo extrajo Dago Corsi una ballesta, en la que colocó acerada flecha. Conservó otra en la mano, mientras tensaba las cuerdas.

—Dos menos, quedan ocho. Precédeme, y cuando oigas silbar la ballesta, mata a mansalva. Y si me has tendido celada, en tu pescuezo abriré boquete.

—¿Yo traicionarte, messer?…

—Andando. Vete a llamar a la puerta.

Gubio Orsini estimó que en aquel instante no podía ganarse los cincuenta mil florines.

La suerte le sería más propicia después… Por dos veces volvióse, y entre la enramada vio el blanco pelaje del corcel.

Llegando a la puerta, que en el centro de blanco muro daba acceso al jardín delantero, alzó el aldabón, y retrocedió.

Abrióse la puerta… Un agudo silbido que pareció continuo por la celeridad con que colocó Corsi la segunda flecha, aún no extinguida la vibración del primer flechazo, hizo caer a los dos *bravis* que acudieron a abrir.

Tras ellos, otros dos abalanzáronse espada en alto y puñal erecto, contra Gubio Orsini, que rechazó el ataque, con vigor, defendiendo su propia piel.

Al rumor de las espadas entrechocando, acudieron los demás *bravis*, lanzándose todos contra el diestro Gubio, que, tumbando a dos, llamó:

—¡A mí, messer!

Pero Dago Corsi estaba dando la vuelta a la mansión, buscando entrada. En el interior, Charles Mombray, que dormía, saltó rápidamente del lecho al oír los ruidos de lucha que iban aumentando.

Cubrióse con una capa, y empuñando una espada, atravesó corriendo dos de las salas. En la tercera se detuvo, tensos los

músculos.

Le cerraba el paso Dago Corsi.

La mirada del inglés expresaba claramente el instinto de animal que se ve acorralado. Al ver acercarse al Diablo Corso, cuya expresión era explícita, y hablaba de próxima muerte, el inglés atacó.

Era buen espadachín. Fintó tratando de apartar la espada enemiga. Casi con desprecio, como quien se siente ofendido, Dago Corsi asestó una doble estocada.

Con la primera apartó la espada de Mombray. La segunda atravesó de parte a parte el pecho del inglés a la altura del corazón.

Saltó de costado, colocándose tras un biombo, al oír pasos precipitados que se acercaban.

Charles Mombray en pie, soltó su arma y apretóse el costado, mientras con su otra mano, dando traspiés, iba a agarrarse a una armadura que adornaba una de las esquinas de la habitación.

Irrumpieron tres *bravis*. Los tres supervivientes… Uno de ellos exclamó:

—¡El hombre que mandasteis a matar a Dago Corsi, nos atacó, señor! ¡Ha matado a nuestros compañeros…!

—Está herido —dijo otro.

—Muerto —remachó, jubiloso, el otro *bravi*. Era Gian, el escarnecido por el que ahora, soltando su asidero, caía pesadamente.

—Poco más valéis vosotros, piojos.

Derribando el biombo, apareció Dago Corsi. Tres relámpagos parecieron brotar del veloz movimiento de sus dos manos…

Tan repentina fue su aparición, como su ataque. Atravesadas las gargantas, los tres *bravis*, desplomáronse en posturas macabras…

Inclinóse El Diablo Corso para ir arrancando de las mortales heridas las dagas, que fue colocando de nuevo a sus espaldas, en el cinto…

Volvióse con agilidad felina, cuando en el umbral, presentóse Viviane
d’Aurigny,
empuñando en la diestra un largo estilete.

La contemplación de la sangrienta escena, no impresionó tanto a la aventurera, como la mirada feroz del bandolero.

—No avancéis, messer. Un paso… y me hundiré el estilete.

Recordó Dago Corsi que el «hidalgo lunático» habíale especificado que la vida de toda mujer era sagrada, y que no podía él ser verdugo de feminidades, sino ejecutor de traidores y asesinos.

Se detuvo, cruzando los brazos.

Respiró, como aliviada, Viviane d'Aurigny.

—Hice mal en no escuchar vuestro consejo, messer, cuando amablemente me indicasteis que el aire de Ajaccio no me convenía. Pero tal vez sea tarde para obedeceros. Será la reciente lucha, messer… ¡pero cuán distinto sois al del otro día! Erais más humano, más galante…

—¿Sandra? —preguntó, secamente, Dago Corsi.

—Yo no soy más que un instrumento, messer…

—¿Sandra? —repitió Dago Corsi, impaciente, dando un paso.

Alzó ella el estilete, aplicándose la punta en el seno. Temblaba, estaba lívida, pero sus ojos eran rientes…

—Sabía que no viviría mucho, messer.

—Por mí, púdrete en otro sitio, mujer.

—Poco galante sois hoy, messer. Comprendo que no es hora para delicadezas. Sandra Renzo, a la que envidio por el interés que en vos suscita por segunda vez, está encerrada en aquella habitación.

Dago Corsi, inesperadamente, valiéndose de su prodigiosa elasticidad, dio un salto, y su diestra asió sin contemplaciones la muñeca armada, retorciendo…

Lanzando un quejido, Viviane d'Aurigny abrió la mano… El estilete cayó al suelo. Dio Dago Corsi un leve empujón a la aventurera, que impulsada hacia atrás, dilató los ojos, sintiendo ahora un pavor indefinible…

—Vete, mujer. Huye lejos, y que nunca tu camino se cruce con el mío. ¡Ay de ti si de nuevo te veo! Enviaste a un asesino a quitarme de en medio… Has comprobado que conmigo nadie puede. ¡Vete!

La aventurera abandonó la sala, andando primero, corriendo después, para finalmente detenerse, agoladas las fuerzas.

Estaba ya lejos de la casa, y mientras respiraba afanosamente,

jurábase que por todos los medios a su alcance nunca volvería a verse ante El Diablo Corso, que había manifestado hacia ella una generosidad que, seguramente, no volvería a repetirse.

Alessandra Renzo desvelada, oyó el rumor del cerrojo. Al abrirse la puerta, enmarcando a Dago Corsi, levantóse ella con ímpetu.

—Libre eres, Sandra —saludó, secamente, el bandolero.

Mentalmente recordaba al hidalgo lunático. Podría demostrarle que había cumplido… Perdonaba a una mujer, su enemiga, ya liberaba a otra.

—Bendito seas, Dago —sonrió ella, avanzando—. Por segunda vez, salvas mi vida. Hicimos lo que nos aconsejaste. Pero nos atacaron… ¿Y Gubio?

En silencio, Dago Corsi echó a andar, precediéndola. Atravesaron la sala donde yacían cuatro cadáveres…

Se detuvo Dago Corsi, y tras él sonó una exclamación horrorizada.

Arrastrándose, dejando tras sí una estela de sangre, Gubio Orsini, malherido, atravesado por múltiples aceros, arañaba el suelo en avance trágico.

Gritando su desconsuelo, Alessandra Renzo abalanzóse, y arrodillada colocó en su regazo la cabeza del moribundo.

Impasible, Dago Corsi aguardó unos instantes. Por fin, sin rudeza, casi humanamente, dijo:

—Es inútil, Sandra. Abrazas a un cadáver.

—Murió por defenderme y salvarme… —musitó ella, poniéndose en pie, sollozando.

Encogióse de hombros el bandolero. Y enlazó los de la dolorida hermana de «Faciatosta».

—Vámonos, Sandra. Te escoltaré hasta donde desees.

—Ya sólo en el convento hallaré resignación para vivir, Dago, mi buen amigo. Díselo así a «Faciatosta»…

Cuando ya se hallaban fuera de la casa, quiso ella volver.

—¿Quién dará sepultura a Gubio? Yo debo…

—Déjalo. Ya me cuidaré de ello —mintió—. Ahora necesitas… eso que buscas. Resignación, como le llamas. En el convento la hallarás, porque para eso están —fue diciendo con brusquedad.

Desató el caballo, y enlazando a Alessandra Renzo, subió a la silla. Cuando detuvo el corcel ante la gran verja del convento

indicado por ella, sintió algo parecido a sonrojo, al besar ella fervorosamente sus manos.

—Por ti rezaré, Dago… porque eres bueno, y te calumnian. Por ti rezaré, Dago… —repitió, cuando ya la cancela abríase a su llamada.

Desde lo alto del caballo, El Diablo Corso agitó la mano, y picando espuelas, partió como una exhalación…

Le molestaban extrañamente las efusiones sentimentales y las dulces palabras de agradecimiento. No cataba acostumbrado a ello…

Siguió galopando incansablemente, hacia el sur, dirigiéndose al peñón que albergaba al misterioso Hidalgo Lunático.

Llegaba ya al istmo estrecho que unía el peñón con tierra firme, cuando una aparición espectral que a cualquiera hubiera infundido un loco pavor, abandonó el matorral tras el que se albergaba, para abrir los brazos.

El caballo se encabritó, y Dago Corsi, reteniéndole con rudeza, desmontó.

—Regresa a Ajaccio, Dago —dijo la espectral figura—. En la casa d’Evisa, están presas Altiera y Alicia de Montemar. El hidalgo me ha enviado a decírtelo. Y no olvides… tu promesa.

Era una mujer. Vestida enteramente con ceñida túnica verde, que a su estatuaría figura concedía reflejos serpentinos, cubierta la cabellera por prieto turbante del mismo color, un rostro blanco, de rojísimos labios sangrientos y pulposos, de oblicuas cejas, estático, maligno, de pesadilla, que parecía sin vida, contemplaba por dos estrechas rendijas azuladas, al bandolero.

Dago Corsi miró unos instantes a Máscara de Cera, la enigmática «fuerza» del hidalgo lunático.

Montó, y a todo galope partió hacia la casa de los d’Evisa.

En el istmo, por unos instantes, la espectral figura tenebrosa, quedóse inmóvil. Después, lentamente, encaminóse hacia el gran peñasco, y de pronto su figura pareció hundirse, como si la tierra la hubiera devorado.

Capítulo IX

ISLOTES DE PASTORES Y MONJES

La distancia que en línea recta separaba la isla corsa de los dos islotes llamados Las Sangrientas, era aproximadamente unas veinte millas, que entre sí distaban unas dos escasas.

Recibían este nombre porque los brezales, al adquirir tonos inflamados con la puesta de sol, por los días claros, concedían a los islotes reflejos sanguíneos destacándose en el azulado del mar.

Tanto Mezzomare como Barbicaja no tenían más habitantes que los que moraban en las respectivas aldeas, junto al mar. Allí se agrupaban las corraleras, coronadas por un amplio recinto, sede de los frailes mendicantes y trotamundos que formaban una cofradía secular.

En el desértico litoral corso, áspero y quemante, que daba retaguardia a los islotes, íbase por una diáfana madrugada agrupando una caravana de extraños caminantes.

Mezclábanse peregrinos, con amplios sayales revestidos de conchas, y estrafalarios e hirsutos individuos, de trazas patibularias.

Distanciado de todos, un hércules tonsurado y de ancha barba negra, apoyado en garrote rematado por púas, llevaba alrededor del talle un ancho cordón de correas trenzadas, cuya largura le permitía llevar atados a dos lobos.

Rechoncho, ancho y macizo, el extraño peregrino daba una inmediata sensación de potente fortaleza muscular.

Cuando todos los caminantes quedaron agrupados en la playa, avanzaron tres hombres. Tratábase de los tres famosos capitanes bandoleros: Batista Malfi, el cauteloso, Vicenzo Fedele, el impetuoso, y Ascanio Novara, el desollador matarife, que llevaba su sempiterno mandil de cuero.

Recientemente incorporados a las filas de los Hermanos Corsos acaudillados por Dago Corsi, habían jurado obediencia al hombre de los lobos, llamado Dom Corpacho.

—El momento ha llegado —empezó a decir con su vozarrón el hércules galaico— de que os explique vuestro cometido. Ved aquellas lejanas islas, que parecen pedruscos. ¿Las conoces, capitán Fedele?

—Son las dos Sangrientas: Mezzomare y Barbicaja —dijo el joven bandolero.

—Las ocupan humildes pastores y místicos frailes. No hay pues botín entre elles. Pero puede haberlo. Nos dividiremos en dos grupos. Tú vendrás conmigo, capitán Fedele. Vosotros dos, con vuestras cuadrillas, ocuparéis la isla de Barbicaja.

Guiñando por costumbre los pitañosos ojillos, masculló Novara:

—¿Quién manda? ¿Éste —y señaló con el pulgar a Batista Malfi — o yo?

—En las corraleras tú, en el convento, él. Y como veo que ponéis cara de pasmo, os explicaré lo que decidió nuestro amo messer Corsi, antes de partir. Al parecer, hay un pirata turco poseedor de tres galeotas, que pactando con nuestro amo, quiere acercarse a la isla corsa. Y ha deducido1 sabiamente nuestro amo, que los mejores puntos para anclar son estas dos islas. Ahora bien, nuestra misión es la siguiente: con todo respeto, tú, capitán Malfi, visitarás al superior del convento y le expondrás que teniendo noticias de un futuro ataque de piratas turcos, os envía messer Corsi para defender la aldea. Lo mismo harás tú con los pastores, capitán Novara.

—Hay candelabros de plata en los convento —dijo Batista Malfi, relucientes los ojos.

—Para ornar tu tumba servirán, si osas tocar nada. Apenas lleguéis, os esconderéis en el convento y en las corraleras, notificando a frailes y pastores que se escondan en los montes. Después…, cuando se inicie el ataque, estaréis ya preparados la mitad de vosotros, para atacar las naves y apoderarse de ellas. Allí sí que habrá botín. Si no está claro, o mal me expliqué, hablad.



—¡Truand!—clamó, estentóreo, el trovador.

—He comprendido —dijo Ascanio Novara—. Desollaré a todos los turcos.

—He comprendido —farfulló Batista Malfi—. ¿Y cuando nuestras sean las naves?

—No toquéis a uno solo de los cautivos, y aguardad en ellas mi llegada. Podéis ocupar las balsas.

Poco después, Novara y Malfi, con sus cuadrillas, iban llenando las varias balsas, y a fuerza de remos alejábanse de la orilla.

Ascanio Novara fue el primero en expresar lo que hacía ya rato estaba meditando Batista Malfi:

—Lo peligroso es asaltar las naves.

—Muy arriesgado. Nadar sin ruido, subir… Es como trepar por los muros de un castillo.

—Todos juntos, mejor.

—Pueden las naves escaparse, y entonces Dago…

—Es verdad. Entonces, ¿qué?

—Elegiremos los mejores para que con nosotros se queden. La carroña, al asalto. ¿Te parece?

—Bien.

Y, de acuerdo los dos, contemplaron los dos pedruscos, que iban adquiriendo forma y contorno a medida que las balsas avanzaban.

En la playa, los treinta peregrinos seleccionados por Dom Corpacho entre los «gorriones» de la banda de los Hermanos Corsos y la cuadrilla de Vicenzo Fedele, iban ocupando otras balsas.

Mis peregrinos ocuparán el convento. Tus hombres, las corraleras. Cuando los que ataquen hayan quedado muertos, no hay que perder tiempo en el inulto a las naves.

—A nado, perderemos a muchos.

Dióse el hércules una vigorosa palmada en la frente…

—Detrás de esto tengo sesos, capitán Fedele. Si no fuera así, ¿estaría yo aquí capitaneando por orden de nuestro amo?

—Tengas o no sesos —dijo, terco, el joven bandolero—, el hecho es que a nado arduo será escalar las naves.

—Si no te causa mareos, piensa un poco, capitán Fedele. ¿En qué tocarán tierra, los turcos?

—En chalupas.

—Cuando los hayamos despachurrado, vestiremos sus turbantes y sus trapos. Iremos a las chalupas, y con ellas atracaremos a los costados, y los mismos imbéciles de arriba nos auparán con las chalupas. ¿Te das cuenta, capitán Fedele?

Rió el gallego con su homérica risotada contagiosa. Rió también Vicenzo Fedele, admirado…

—Sabes mucho, Dom.

—Más de lo que os figuráis todos —replicó, riendo afín, el

hombre que llamaba a sus lobos Dago y Luys respectivamente, y que, a sabiendas de que mentía, había afirmado a Luys Gallardo que había estrangulado a Dago Corsi, cuando realmente sabía que dos individuos habíanse llevado al desvanecido bandolero para entregarlo al «hidalgo lunático».

* * *

Más que las palabras forzadamente untuosas de Batista Malfi, lo que convenció a frailes y pastores era el saber que pertenecían a la tristemente célebre banda de los Hermanos Corsos.

Juraron permanecer en los montes, ocultos, hasta el triunfo de los Hermanos Corsos sobre los turcos.

Las reses y quesos sufrieron mucha merma, pero cuantos objetos de valor contenía el convento fueron respetados, porque en toda Córcega sólo había un hombre capaz de hacerse obedecer aún desde lejos, y era Dago Corsi.

Anochecía el segundo día de espera, cuando uno de los supuestos pastores acudió a informar a Ascanio Novara y a Batista Malfi, que juntos cenaban en el refectorio del convento, de que divisábase a lo lejos una nave, cuya afilada proa, armada de espolón, apuntaba hacia las Sangrientas.

Y que, tras ella, otra de idéntica estructura seguía su estela.

—Cada hombre en su sitio —dispuso Ascanio Novara—. Y al que no luche bravamente lo desollaré, para que de escarmiento sirva a los demás.

Marchóse el emisario.

Batista Malfi manifestó su personal opinión:

—Esos turcos son muy cafres, capitán. Novara.

—Dicen los que contra ellos lucharon que son muy resistentes, capitán Malfi.

—Un capitán no debe exponerse inútilmente, ¿no es tu parecer, Ascanio?

De acuerdo, Batista, Sería denigrante perecer en lucha contra seres de raza inferior a la nuestra. Desde el campanario alto presenciaremos el combate.

—Espero que tus hombres y los míos sepan luchar como es de ley.

Obscura y sin luna era la noche, pero desde la altura del

campanario ambos jefes de cuadrilla pudieron ver como anclaba la nave, como de sus flancos desprendíanse las botadas chalupas, y como de ellas saltaban a tierra, anunciados por el resplandor de sus alfanjes y lanzas, los turcos de una de las galeotas.

La otra había seguido rumbo hacia la cercana isla de Mezzomare.

Los piratas turcos, que esperaban sorprender a indefensos monjes y acobardados pastores, viéronse atacados por aullantes bandidos hábiles en la traidora acometida.

De asaltantes pasaron a ser atacados. Defendiéronse con enérgico tesón…

Desde lo alto del campanario, Ascanio Novara chillaba estentóreo. A su lado, Batista Malfi, al ir viendo menos turbantes en pie, cobró ánimos.

—¿Vamos a la playa, capitán Novara?

—Es nuestra obligación estar en los sitios de más peligro Acudamos allá.

Antes de abandonar la explanada delantera del convento, Ascanio Novara hundió repetidamente en distintos cadáveres su largo cuchillo, siendo imitado por Batista Malfi, que también lanzaba imprecaciones bélicas.

En la playa, Ascanio Novara gritó, con furia:

—¡Esos torpes no tienen sentido de la estrategia!

Referíase a los que a nado escalaban ahora por la cuerda de ancla, siendo repelidos por los alfanjes de los que a bordo estaban.

—¡A ver! —gritó Novara—. ¡A las chalupas!… ¡Con ellas, atacaréis mejor! ¡Al ataque!

Cuando las chalupas llegaban a la nave, y veíase que era seguro ya el triunfo, Ascanio Novara aceptó con gesto modesto la felicitación de Batista Malfi:

—Tienes el genio de César, capitán Novara. Sin ti, habría sido imposible la victoria.

Ambos entraron en la única chalupa que quedaba, y remando se aproximaron al casco, en cuya cubierta los supervivientes vencían la última resistencia de los turcos.

Con prudente precaución subieron por una de las escalerillas Ascanio Novara y Batista Malfi.

—¡Antorchas! —exigió Novara, mientras decapitaba un muerto

—. ¡Arrojad al agua a los malheridos! ¡Al agua toda la carroña!

Batista Malfi, cuando fueron encendidas las antorchas, fue contando los hombres supervivientes de las dos cuadrillas.

—Sangriento ha sido el combate, capitán Novara. Nos queda una veintena de hombres escasos a cada uno.

—La gloria se paga cara, capitán Malfi.

Un clamor elevóse desde los bancos de cautivos. Un clamor en distintos idiomas…

Atravesó el puente Novara, y desde el centro adelantó las manos, imponiendo silencio.

Y con gran refuerzo de ademanes tribunicios, y acopio de retórica, anunció que «los cautivos que hubiera de raza italiana podían explicar que, gracias al arrojo y valor sin igual de los capitanes Batista Malfi y señaló al que a su lado aprobaba con cabezadas solemnes —y Ascanio Novara— dándose un golpe en el pecho—, la nave quedaba libre de turcos. Y la llegada del gran jefe Dago Corsi sería la libertad para todos, o la muerte para los que fueran enemigos de Córcega».

Después de lo cual, pasaron ambos capitanes a seguir cenando en la bien provista camareta del castillete de popa.

* * *

Dom Corpacho, blandiendo a diestro y siniestro su garrote, abríase paso entre turbantes, alfanjes y lanzas. Los dos lobos saltaban repetidamente a la garganta de cuantos eran acometidos por el gallego.

Cerca de él, luchando con menor efectividad, pero con valiente decisión, Vicenzo Fedele prefirió emplear una lanza arrebatada a un pirata, para distanciarse más de los alfanjes y herir más certeramente.

Los peregrinos elegidos por Dom Corpacho iban revistiendo las ropas de los vencidos.

El asalto a la nave presentó pocas dificultades, porque constituyó sorpresa para los escasos turcos que a bordo quedaban verse agredidos por los que creían sus victoriosos compañeros, y a los que izaban arriba maniobrando las poleas de las_chalupas.

También al quedar limpia la nave de turcos elevóse un clamor suplicante de los bancos de cautivos remeros.

Dom Corpacho fue menos ampuloso que Ascanio Novara:

—Seréis libres cuando mi jefe Dago Corsi lo determine. No tengo autoridad para disponer de vuestra suerte. Ahora, os pido que reméis hacia la isla Barbicaja.

—Allí se detuvo la otra galeota —gritó uno de los cautivos.

—Prevenidos iremos, aunque supongo que también la otra galeota pertenece ya a los piojos de Dago Corsi.

Mientras remaban, uno de los cautivos murmuró, desesperanzado:

—Hemos cambiado de dueño, que no de collar, hermano Antón…

—¿Y por qué?

—Dago Corsi es el mismo espíritu del demonio.

—Pero es de nuestra raza.

El suspiro del otro cautivo expresaba sus dudas acerca de su posible libertad.

* * *

Atragantóse Batista Malfi, cuando un hombre, irrumpiendo en la camareta, gritó:

—¡Otra nave turca se nos echa encima!

—¡Prestos a la defensa!—chilló Ascanio Novara. Y de pronto rió, tranquilizado—. Será Dom Corpacho y el capitán Fedele…

—¿Y si no…? —inquirió Malfi.

—Ahora vamos a saberlo —dijo Novara.

Cuando percibió en la galeota que se acercaba la recia figura del hércules con los dos lobos recortándose bajo la luz de una antorcha, exclamó:

—¡Reposo! Hemos vencido al enemigo. Hemos triunfado. Que cada hombre disfrute el bien ganado reposo.

La otra galeota vino a anclar a medio centenar de metros de su gemela. Y vociferando anunció Dom Corpacho que, al amanecer, con la luz del sol, celebraría reunión con los capitanes Novara y Malfi.

Todos dormían a bordo de la galeota ocupada por el resto de las cuadrillas de Novara y Malfi, cuando Vicenzo Fedele reunió a sus hombres para transmitirles lo que acababa de decirle Dom Corpacho.

Y al igual como no extrañó a Fedele, tampoco extrañó a sus hombres ni a los peregrinos lo que había ordenado realizar messer Corsi después de que las dos galeotas quedaran en poder de los Hermanos Corsos.

Silenciosa y cautamente, envueltos en trapos los remos de las chalupas, los «gorriones» seleccionados por Dom Corpacho y los bandoleros de Fedele dirigiéronse hacia la galeota vecina.

CAPÍTULO X

EL CAPITÁN CORSARIO

Al nombre del bretón lanzado como señal, siguió la llamada del capitán corsario a sus marinos hasta entonces cautivos.

Ivés Le Quimper, en dialecto armoricano, y por palabras aisladas que pronunció como lamentos, habituales en los cautivos y que no extrañaban al cómitre de servicio, había distribuido la misión de cada grupo en el brusco asalto por sorpresa.

Los aparentemente encadenados a los bancos de babor atacarían el castillete de proa, mientras los de estribor asaltarían el armero, surtiéndose de hachas de abordaje y limpiando la cubierta de enemigos.

Apenas hubo Lascar lanzado su grito de guerra, que en distintas ocasiones anteriores había servido para desencadenar entre sus hombres el ímpetu combativo, una quincena, de gesticulantes, veloces y silenciosos cautivos, semidesnudos, rencorosos y barbudos, semejaron fieras.

Truand Lascar demostró que era fundamentada su fama de enemigo peligroso. Asiendo en cada mano un hacha de abordaje, avanzó a modo de cíclope segador, cuya cosecha fueran cabezas humanas.

Era una escena sangrienta, pero virilmente enardecedora. Apenas empezó el ataque, y originábanse las primeras escaramuzas, varios de los etíopes que formaban la guardia personal de Abdul Hamez abalanzáronse al estrado, para recibir órdenes y defender a su tirano.

Hallaron en cada una de las dos entradas el camino interceptado por aceros. Acometían con sus lanzas, pero no pudiendo ascender más que de dos en dos por las estrechas escaleras, retrocedieron

para de nuevo lanzarse al asalto, empleando pasarelas y atacando desde diversos puntos…

Las dagas del trovador entraron en acción… Toda la cubierta, de proa a popa, estaba convertida en vasto teatro de espeluznante reyerta, surcada la penumbra de gritos y ayes y destellos de armas ensangrentadas.

Parecía ya que algún etíope; conseguiría pisar el estrado, cuando por retaguardia acudió Lascar al frente de varios bretones.

Pasaron unos minutos, y envainaron Gallardo y «Siete Vidas»… Oyóse la voz de Truand Lascar ordenando maniobra.

Ágilmente treparon por el trinquete y mesana varios bretones. Cayeron varias velas, y la nave aminoró su marcha.

Los vencedores y liberados cautivos bretones fueron empotrando, por orden del capitán corsario, distintas antorchas en estratégicos lugares de la nave, hasta entonces en penumbra.

Uno de ellos vino a colocar antorcha en el pasamanos del estrado. Poco después, Truand Lascar ascendió las escaleras, seguido por cinco bretones, uno de los cuales era Ivés Le Quimper.

El, hasta entonces, vulgar y retador cautivo parecía haberse transformado. Habló con cortesía:

—La nave es nuestra, messer. Tengo el honor de presentaros a mi tripulación, al frente de la cual está mi lugarteniente Ivés Le Quimper. Excusad el resto; atienden la maniobra. Ha llegado la hora de parlamentar, messer. ¿Tenéis la bondad de exponerme vuestro propósito?

—Exquisito estáis, capitán Lascar.

—Varió la situación. Como cautivo, denigrante hubiera sido que adoptara actitud diferente a la que presenté. Ahora…, gracias a vuestra ayuda, vuelvo a ser el capitán Truand Lascar, corsario libre, con nave propia.

—¿Habéis dicho nave propia?

—Por lo que se refiere a velamen, estructura y singladura, esta galeota pertenece a los bretones que capitaneo.

Exasperado, abalanzóse Delfín Lechuga, dispuesto a agredir al que se le antojaba un desagradecido traidor.

Le detuvo Luys Gallardo, asiéndolo fuertemente por un hombro.

—Estamos parlamentando… —advirtió irónico—. ¿Reconocéis, señor capitán, que a no ser porque confié en vos, y se os dio los

medios de libertar a vuestros marinos, seguiríais siendo un insolente cautivo?

—Lo admito, messer —replicó el bretón, con un leve saludo.

—¿No sería, pues, más propio decir que la nave nos pertenece a ambos por igual?

—Lo admito también, messer.

—Debo inquirir también: ¿os consideráis único capitán a bordo, y, por lo tanto, paso a ser, con mi amigo, prisionero vuestro?

—No tal. La mitad de cuanto a bordo hay os pertenece. Pero, al igual como, sin vos, no hubiera yo podido recuperar la libertad, tampoco vos, sin mí, hubierais logrado vuestro propósito. No os enojéis si os hago constar que la situación es clara. Mandáis en tierra y yo mando a bordo. Considerad vuestros los cofres repletos que eran de Abdul Hamez. Consideraos mi pasajero de honor, y os desembarcaré donde deseéis. Creo que cuanto ofrezco es lo sensato.

—¿Y si me negara?

—No dejaríais de ser el hombre al cual debo volver a ser capitán libre. Por lo tanto, os desembarcaría en Punta Crociata en chalupa conteniendo los cofres de Abdul Hamez. Tal vez otro corsario, de no ser yo, sería menos sentimental, y, atendiendo a que trata con corsario de tierra, de resonante fama de desleal, se limitaría a dejaros en el mar con un barril de agua y un saco de tasajo. Pero yo soy Truand Lascar, y mi fama nunca se desmiente. Soy ecuánime y limpio.

—¿Tenéis inconveniente en poner proa hacia las Sangrientas?

—Allá anclan las dos naves restantes, que, con vuestro consentimiento, fueron a degollar pastores y monjes.

—Repito… ¿Tenéis inconveniente en poner proa hacia las Sanguinarias?

—Mis hombres han padecido tanta miseria y vejación de los turcos, que seguro estoy de que acogerán con gran satisfacción la posibilidad de demostrar que son infinitamente superiores a nuestros verdugos. No tengo inconveniente en poner proa hacia las Sangrientas. ¿Deseáis ocupar la camareta?

—Vos sois el capitán a bordo. Prefiero quedarme aquí.

Saludó el bretón, marchándose con sus cinco marineros de escolta. Delfín Lechuga imprecó, indignado:

—¡Perro traidor!…

Truand Lascar retrocedió los peldaños que estaba descendiendo, y, cortésmente, expuso:

—Decid a vuestro compañero que, por terrícola, le excuso de desconocer la ley que reina a bordo de naves. Quien insulte al capitán, será fustigado y puesto en los hierros. Por esta vez, perdono. Pero hacedle observar que mi lugarteniente no se ha permitido la menor ofensa contra vos ni él. Reitero mis respetos.

Iba Delfín Lechuga a hablar, pero le contuvo el gesto de Luys Gallardo. Marchóse, tras una leve espera, el capitán corsario.

—Lo prefería grosero —dijo, tremante de cólera, el castellano—. Pues qué…, ¿no es por ti que libre está?

—Y obra como yo lo liaría ante un ente como Dago Corsi, y casi añadiré que con generosidad.

Un bretón, hablando en italiano defectuoso, vino a anunciar que el capitán Lascar comunicaba que la nave daría vista a las Sangrientas al amanecer, porque concedía reposo a sus hombres, y dejaba en posición sólo las imprescindibles lonas para avanzar lentamente.

—Cuánta finura… —comentó «Siete Vidas», al irse el marino—. Te hace el honor de hacerte saber lo que él manda y ordena.

Hasta entonces Mila había permanecido oculta Iras Abdul Hamez, que dormía apoyado sobre un costado.

Vino silenciosamente a colocarse junto al castellano, que rezongó:

—¿También en ella manda el señor capitán?

—No te ofusques, que si confié en que, por salvarse, Lascar serviría mi propósito, también confío en que su actitud, que ahora es hostil contra messer Corsi, cambiará mañana al amanecer. Ahora, estos blandos cojines me invitan a descansar, junto a Abdul Hamez, cuyo despertar será poco grato.

—No tengo sueño. Mila y yo vigilaremos atentamente, por si Abdul Hamez despierta.

—Pienso dormir con un ojo. —Y, a la vez que hablaba, quitó Gallardo del cinto del obeso pirata narcotizado alfanje y puñales, que lanzó al mar.

Mientras, sostenía Lascar en la camareta un diálogo con su segundo:

—Asaz espléndido he sido.

—Eso estimo, capitán, que, al fin y al cabo, este italiano no es más que un vil bandido.

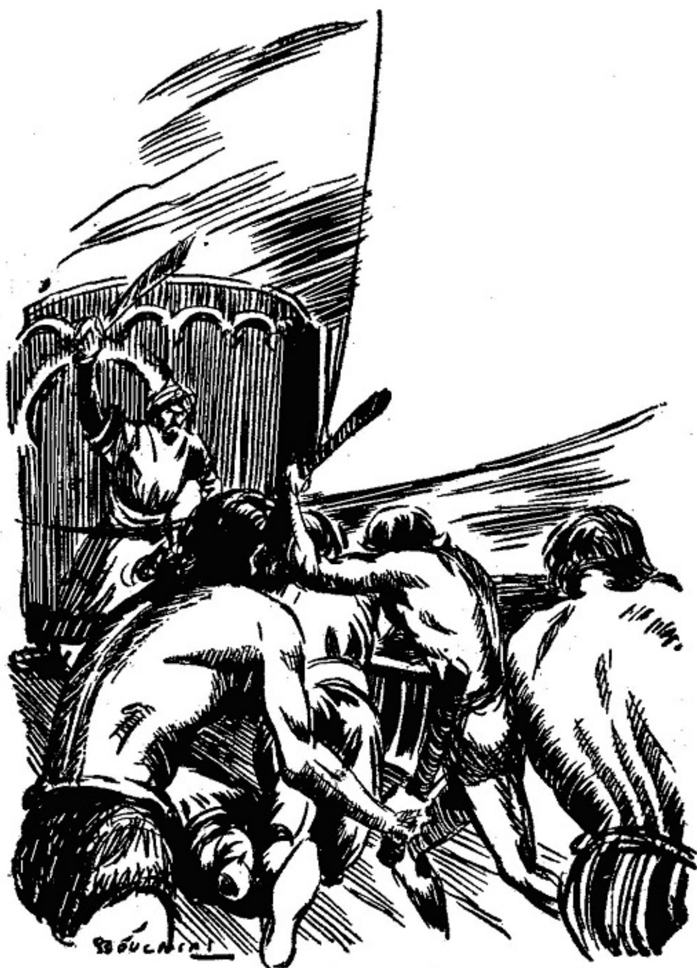
—Pero no podía yo echar en olvido que si la nave es mía, y de cautivo con el cuello en peligro he pasado a ser capitán libre de nuevo, a messer Corsi lo debo. Si él o su compañero o la muchacha bajan del estrado, que sean respetuosamente vigilados. Y si algo intentan, que con el mismo respeto sean amarrados. Al amanecer me despiertas… —Y desperezóse voluptuosamente el corsario, ojeando complacido la mullida cama. —Hace meses y meses que soñaba con dormir tendido, sin argollas y en blandos colchones. Quien sabe no desesperar, se ve siempre recompensado.

Las primeras livideces del amanecer se cernieron sobre la nave, que a lenta singladura apuntaba con su proa hacia las dos diminutas excrecencias terrestres que a ras del horizonte sobresalían del mar.

Un bretón subió al estrado, dejando mesita sobre la que una bandeja soportaba sendos tazones humeantes, agua, carnes y frutas.

Veíase en el castillete, de proa la figura cimbreña y atléticamente fibrosa de Truand Lascar, que, provisto de anteojo, examinaba el horizonte.

Volvióse lentamente, cuando, vigilado con atención por Ivés Le Quimper, Luys Gallardo subía y entraba en el estrecho espacio.



...una quincena de gesticulantes galeotes...

—Para hombre de tierra, sois madrugador, messer.

Hablaba tranquilamente el bretón, pero en sus músculos y en sus ojos se adivinaba que vigilaba las manos del visitante, y estaba presto a repeler cualquier intento de ataque por parte del que juzgaba un soberbio bandido hirviente de contenida cólera.

—¿Qué pensáis hacer con esa gente, capitán Lascar? —preguntó

Gallardo, señalando hacia los bancos de cautivos.

—La mayor parte de ellos son canalla de la peor ralea y de la más baja estofa. Ya es merced dejarlos vivir. Daré libertad a los pocos que la merecen.

—Corregidme si yerro, capitán Lascar. Me considero entendido en reconocer a los hombres que son rectos y nobles, por aventurera que sea la profesión que eligieron. Tal vez creísteis imprudencia por mi parte el proponeros anoche la libertad. Podíais comunicarlo a Abdul Hamez, con esperanza de granjearos su buena voluntad. No obstante, confié en vos… porque valientemente escupisteis el desprecio que os inspiraba Dago Corsi.

Hizo el bretón un gesto de sorpresa. Continuó el trovador:

—En las dos islas donde por pura, estrategia marinera suponía yo que cuando menos alguna nave llevaría Abdul Hamez, los monjes y pastores que vilmente dejaba yo degollar habrán a estas horas degollado a todos los turcos, porque ni son monjes ni pastores, sino gente de la hermandad bandolera de Dago Corsi.

Aumentó la evidente extrañeza del corsario bretón…

—Por lo tanto, allí hay ahora dos naves que son mías…, salvo, naturalmente, si Vos me lo permitís.

La notoria ironía hizo nacer en el semblante del bretón una sonrisa.

—Raro sois, messer Corsi. Nunca esperé que, con vuestra fama, tuvierais esa tranquila cualidad del buen humor. Y, francamente, yo también me considero juez en hombres, y el modo como acogisteis mi actitud no es el de un bestial bandido. No obstante, capitaneáis bandada de asesinos cobardes y traidores que se crecen ante el indefenso y se amilanan ante los fuertes.

—Y expurgando estoy la banda. Coged vuestro anteojo… Mirad hacia las dos naves. Veréis hombres con hábito de peregrino. Y en una de las dos galeotas se destacará un hércules tonsurado, que tiene la particularidad de llevar como falderos dos lobos. Es Dom Corpacho, qué con la selección de los bandidos de Dago Corsi, en mi nombre ha tomado posesión de las naves, encadenando al remo a los bestiales asesinos cobardes llamados Batista Malfi y Ascanio Novara, con el resto de sus cuadrillas. La banda de los Hermanos Corsos se compondrá en lo sucesivo solamente de gente peligrosa por no ser pacífica, pero noble, y hasta el nombre de Dago Corsi irá

adquiriendo limpieza.

—Todo esto me place, messer. Pero ¿por qué habláis de Dago Corsi como si hubiera muerto o no fuerais vos?

Y cesó el bretón de mirar hacia las naves, donde había comprobado cuanto le dijera, su interlocutor.

—La condesa de Montemar, noble patricia corsa, mi compañero Rasuni, que es un español llamado o apodado Delfín Lechuga, y el también apodado Dom Corpacho, saben, como ahora vos lo sabéis, que mi nombre es Luys Gallardo, que soy un errante trovador, y que de común con Dago Corsi sólo tengo la exactitud de rasgos físicos. Lo he suplantado, porque se me antojó magnífica ocasión de exterminar reptiles y dar descanso a los asustados seres honestos. Libre sois o no de creerme, capitán Lascar. Lo único que os ruego es la seguridad de que, como buen hombre de mar, me conservaréis el secreto. Comprended que sería peligroso que mucha gente compartiera este secreto. Somos ya demasiados en saberlo. ¿A santo de qué os cuento esto? Porque no me agrada me confundan con un hombre que lleva un lastre de renombres de traidor, desleal y asesino. Tengo ya dos naves, que deseo emplear en la defensa de Ajaccio. Os comunico que nada me va ni me viene en este asunto. Para mí, tanto los genoveses como los corsos me son igualmente indiferentes. Pero hay una razón… Los corsos son menos, y en España tenemos muchos defectos, pero siempre nos ha reventado aplaudir al fuerte, y nos encanta colocarnos al lado del más débil. Dos naves serán un valioso auxilio para Ajaccio… Pero tres, y con vuestra pericia, serían un valladar contra el cual se estrellarían los genoveses que, acudiendo con sus naves pensando sorprender a quien no las tiene, se hallarían con este paso bien llamado de las Sangrientas. Bien vuestra es esta nave, porque os la habéis ganado, capitán Lascar. Como corsario que sois, creo que habría buen botín en las naves de San Jorge, financieros que no escatiman medios, porque creen que el dinero todo lo puede… Y a propósito, los cofres de Abdul Hamez nos pertenecen a medias: yo tengo luchadores que mantener, y vos también. Sería agradable contar con un marino de vuestra talla al frente de tres naves bajo vuestro mando directo…, y si lo aceptáis, bajo mi ojeada de aprendiz.

Truand Lascar tardó unos instantes en contestar:

—No os ofendáis, señor español, si os digo que privadamente os

creo, porque es bellamente hermoso lo que me contáis de la suplantación de un alegre trovador, pero que como corsario a quien la vida ha enseñado a desconfiar recuerdo ahora que dicen que, cuando quiere, Dago Corsi resulta atractivo y persuasivo.

—Me ofendería, si fuera yo messer Corsi. Bien sois vos corsario, y pudierais acariciar la idea de quedaros con las tres naves.

—¡Yo soy Truand Lascar, y nunca jugué sucio, señor! —exclamó, irguiéndose, el bretón.

—En eso creo. Por eso así os he hablado. Tiempo tendréis de juzgar la veracidad de mis asertos. Creo que los marinos tienen un rito, un modo de sellar pactos, al cual, si son hombres machos, no faltan. Este pacto quiero yo, que, aunque «messer» me llaméis para guardar las apariencias, como Luys Gallardo os lo ofrezco. ¿Pactamos?

El bretón presentó su mano con la palma extendida.

—Con Luys Gallardo, el galante aventurero…, ¡pacto y choca! ¡Muerte y horca al felón!…, que nunca podré yo serlo.

—Ni menos yo. Pero estimo sensatas y justas vuestras reticencias, hasta no comprobar que si realmente fuera yo messer Corsi, demostraría poseer extraños prejuicios contra los canallas que allá en las dos naves ordené a Dom Corpacho encadenara al remo.

—¿Qué ha sido de Dago Corsi?

—Dom Corpacho apareció cierta noche misteriosamente, a los principios de mi suplantación. Dijo saber que yo era un trovador llamado Luys Gallardo, y que acababa de estrangular a Dago Corsi. Es un ser enigmático, que seguro estoy sabe más de lo que dice… Pero es de nuestra casta, capitán Lascar. Podrá, si la situación lo exige, hacer trampas como el mejor, pero no vilezas. No obstante, a veces pienso: si Dom Corpacho estranguló a Dago, ¿por qué no me trajo la evidente prueba?

—¡Cáspita!… —murmuró el capitán corsario—. ¿Creéis que pueda estar con vida el Diablo Corso?

—¿Por qué no?

—¿Con qué finalidad Dom Corpacho mentiría? En fin, si vivo estuviera Dago… mucho peligro correríais vos… Siempre me ha gustado precaverme, señor trovador. Os creo casi por entero ya. Pero no me gustaría que, creyendo hablar con vos, ante el verdadero Dago estuviese.

—¿No oísteis decir que Dago tiene una marca especial?

—Sí… Unas mordeduras de lobo, que en cicatriz perenne señalan su costado izquierdo.

No había terminado de hablar el bretón, cuando, ladeándose, Luys Gallardo mostraba la lisa piel de su flanco.

Truand Lascar sonrió abiertamente, sin el menor recelo ya.

—¡Qué bella anécdota para contar a mis nietos! Pero, messer, ¿no juzgáis un poco molesto que, cada vez que nos veamos, os ruegue que os levantéis la camisa?

Arrancó el trovador un hilo de oro del cordón trenzado que sostenía su capa. Lo anudó alrededor de su meñique izquierdo. Casi invisible, en la piel bronceada, no lo era para quien, como d bretón, acababa de vérselo atar.

—¡Pacto y choca! —exclamó el bretón, riendo—. Y huelga entre nosotros, ahora, hablar de horca. Acepto ser, a vuestras órdenes, capitán de las tres naves. Y como primera medida, si os parece, messer, tengo las listas de los cautivos, que es documento que en la camareta de Abdul se hallaba. La canalla, que al remo permanezca, que así de utilidad será en defensa de la buena causa. ¿Os parece bien?

—De acuerdo…

Ambos a la vez miraron hacia el castillete de popa, donde Delfín Lechuga, haciéndose portavoz con las dos manos, gritó:

—¡Mi ex mandamás pide el desayuno, messer!

El trovador, seguido por Lascar, acudió al lugar donde ya. Abdul Hamez, frotándose los ojos y mesándose las sienes doloridas, murmuraba incoherentes palabras, en su difícil despertar turbio.

Cuando abrió los párpados, pestañeó repetidamente, no por el sol que iba asomando su cresta dorada por el horizonte, sino porque ante él Luys Gallardo y Truand Lascar le miraban.

El bretón, sonriente, pero con incisiva dureza, habló:

—Hombre de mar soy, Abdul Hamez, y sé la pena que causa, aun en un canalla como tú, saber de pronto que ha perdido sus naves. Messer Corsi dejó en las Sangrientas a su gente, y tus hombres, en vez de degollar a pacíficos pastores y frailes, han sido degollados. Semidesnudo sigo, porque aún no he registrado tus cofres en busca de ropa que ponerme o dinero con que mercarme atuendo que me corresponda, pero por decisión de messer Corsi

capitán soy de las tres naves, y por su beneplácito justicia administro. Te sentencio a horca.

Sentado, impasible como un obeso y grotesco ídolo oriental, Abdul Hamez palpó su cinto, que halló vacío.

Jugueteó con su collar, y fue mordisqueando las múltiples cuentas de varios colores.

Habló con lentitud:

—Dolor me causa haber sido engañado, yo que siempre a todos engañé. En eso percibo que he envejecido, y soy un hombre vencido. ¡Malditos seáis, perros!…

Lanzó la última exclamación en horrenda convulsión facial… Distendiéronse sus miembros fofos, se inclinó, y de sus labios cayeron diminutas porciones nacaradas de la bola que acababa de morder.

Tembló unos segundos, y, por fin, quedóse inmóvil, como un ídolo obeso pensativo.

—Se salvó de la horca —dijo, a modo de oración fúnebre, Lascar —. En mi collar llevaba previsor veneno para tal posible situación. Salvo vuestro mejor parecer, messer, que su tumba sean las olas, porque, si bien verdugo, era un excelente marino.

CAPÍTULO XI

LA CANCIÓN DEL MAR

Soñolientos, gruñendo improperios, clamando a traición, y los más a incomprensible jugarreta, los que componían los supervivientes de las cuadrillas de Ascanio Novara y Batista Malfi, junto con éstos, fueron amarrados codo a codo, en tres hileras, a bordo de la galeota atacada por sorpresa por los peregrinos de Dom Corpacho y las huestes de Vicenzo Fedele.

El griterío no cesó, aun cuando, encendidas varias antorchas, comprobaron que, efectivamente, eran los restantes de la banda los que acababan de maltratarlos, despertándolos, para encadenarlos.

Ascanio Novata, «El Desollador», atado codo a codo con Batista Malfi, escupió varias veces, antes de gritar roncamente en dirección a Dom Corpacho, que acariciaba la testa de uno de los dos lobos, y a Vicenzo Fedele, que, brazos cruzados, acababan de detenerse a unos pasos frente a ellos dos.

—¡Cobardes traidores! ¿Os habéis vuelto locos? ¿Qué significa esta pesadísima chanza de muy mal paladar?

—No hay chanza, que mejor paladar tengo, Novara. Yo obedezco las órdenes de messer Corsi. Y él ya te lo explicará cuando el momento llegue. Ahora, cerrad el pico, que también es orden de nuestro amo que corte la lengua del que chille.

Reinó un completo silencio. Pasaron minutos… Dom Corpacho, por fin, se alejó, tras comprobar la segura custodia de los nuevos prisioneros.

Algunos, fatalistas o cansados, se echaron tumbados, para dormitar, arrastrando forzadamente a los de su hilera a la misma postura.

Todos hicieron lo mismo. Batista Malfi, en voz baja, entabló,

boca contra oído, una conversación con Ascanio Novara.

—¿No te dije? El puerco Diablo nos ha traicionado.

—Nunca me lo dijiste.

—Sí, cuando nos unimos los tres… ¡Cerdo Vicenzo! Estaría confabulado con Dago…

—Nada creo que tiene que ver Dago en esto. Escucha, Batista… Ya sabes que nuestra época obliga, para vivir, a matar y traicionar. Este rechoncho hércules tal vez quiere quedarse con las dos naves.

—¿Traicionando a Corsi? ¡Bah! Lo cierto es que tendremos que esperar la llegada de Dago.

Fue al amanecer cuando se divisó desde las galeotas ancladas cerca de Mezzomare la otra galeota.

Batista Malfi despertóse sobresaltado. Oía el confuso rumor de los demás tendidos en cubierta…

Vio a Dom Corpacho tu provisto de un anteojo, miraba hacia la galeota que se aproximaba.

—¡Rayos!…—gruñó Novara —. Viene una nave turca… y nosotros aquí amarrados… —Y añadió el antiguo matarife—: ¡Nos van a hacer salchichas!

Tembló Batista Malfi, gritando:

—¡Libertad, Dom!… Te ayudaremos contra el turco.

Los otros lanzaron parecidas deprecaciones, y fatigosamente fueron poniéndose en pie, apoyándose los unos en los otros.

—¡Silencio en el gallinero! —vociferó, bonachón, el gallego—. Es nuestro amo… Ved ahí a un valiente de veras. Parece un imprudente timador, y ya veis… Se metió solo en la nave llena de turbantes, y ya es suya. Ahora sabréis vuestro destino.

Una chalupa llevó a bordo a Luys Gallardo y Truand Lascar. Otra distanciábase tocando tierra: llevaba a Mila y Delfín Lechuga.

—Salve, messer —saludó Dom Corpacho—. Todo cumplióse como prevenisteis. De los reptiles, ésos son los que vivos quedaron.

Avanzó Gallardo, seguido por Truand Lascar. Encaróse con las tres filas de bandidos.

—Por motivos que yo me sé, he decidido eliminar de mis filas de piojos a los que perjudican mi nuevo cometido de capitán condotiero, aliad con los defensores de Ajaccio. Vosotros dos, Malfi y Novara, y cuantos forman vuestras cuadrillas, no servís para defender, sino para atacar en número superior, pillar, saquear,

incendiar y matar. Iréis al remo. Serviréis de fuerza sumisa cuando el viento no quiera trabajar. ¡Y ay del que rechiste! ¡Mala peste lo pudra! ¡Andando!

Prestamente empujados por los peregrinos de Dom Corpacho y los bandoleros de Vicenzo Fedele, los demás fueron llevados a los bancos de remeros.

Ya encadenados, llevando sólo un taparrabos, el peludo Novara y el blancuzco y fofo Malfi, apoyados de bruces en el largo extremo del remo que tenía que ser empujado por el esfuerzo conjunto de seis remeros, farfulló «El Desollador»:

—¡Qué indignidad! ¡Qué humillación para dos capitanes de nuestra bravura!

Pero Batista Malfi había hallado un filosófico consuelo. Sonrió.

—Más vale así.

Ascanio Novara miró a su compañero con suspicacia. ¿Habíase vuelto loco por la impresión?

—¿Te gusta tener que remar hasta echar los bofes?…

—Estudia la situación. Los demás habrán de pelear, ¿no? Ganarán los genoveses… Matarán al puerco Diablo y todos sus seguidores… En cambio, nosotros, ¿qué seremos? Víctimas, cautivos que nos negamos a luchar contra los invasores, ¿comprendes?

Aquel razonamiento dio ánimos a «El Desollador».

En la camareta, Truand Lascar mostró un voluminoso legajo de folios.

—Ésta es la relación de cautivos, messer. Cuando me lo ordenéis, expurgaremos.

—Vos mismo, capitán.

—Necesitaré hombros para tripulación.

—¿Cuántos?

—Treinta para cada navega los que añadiré cinco de mis quince fieles. Cuestión de estar seguro, ¿sabéis? Naturalmente, os he dicho el mínimo. Cuantos más marinos que sepan luchar tenga, más valdrán las naves.

—Haré leva en Ajaccio. ¿Qué soldada, capitán? Ignoro todo cuanto al mar se refiere, aunque empieza a gustarme su canción.

—Ofreced cinco florines al mes, comida y participación en las presas de abordaje. Os sobrarán marinos.

—¿No los hay entre los cautivos?

—Sí. Pero son piratas.

—Perdonad. ¿Qué diferencia hay entre pirata y corsario?

—Enorme distancia separa ambos. El pirata ataca sin pabellón y saquea. El corsario defiende causa noble y con un pabellón.

—Excusadme si oí mal, pero creo haber entendido que en Francia tenéis la cabeza a precio.

—Me ordenaron atacar plazas indefensas, y preferí atacar naves turcas. Era rebeldía, y el buen rey, con justicia, manifestó un gran cariño hacia mi cabeza, ordenando a sus barberos que, si preso caía, me afeitasen el cuello en redondo. Cosas de la vida. Si en vez de hundir mi nave, bolada en franceses astilleros, la llevo repleta de botín nuco, mi buen rey me habría perdonado.

—Tened presente que los invasores genoveses han pactado alianza con los franceses.

—Yo soy bretón, y, además, también me gusta ir con los que son menos. Cuestión dé categoría. Tengo mucha clase, y por eso soy minoría.

—Creo que nos entenderemos plenamente, capitán Lascar.

—Tal es mi opinión, messer Corsi.

—Si os parece, dejaremos dos naves aquí, con vuestros bretones y mis peregrinos. Con la que os pertenece de derecho, me placería me llevarais a Ajaccio. Me agrada la canción del mar: es limpia, ruda y brava.

—Gracias en nombre de mi amada, que en francés femenino es el mar.

* * *

El superior del convento de Mezzomare separóse por discreción, después que Delfín Lechuga le hubo expuesto su deseo.

—¿Por qué no me conduces tú a mi tierra nativa, Delfín?

—No puedo, Mila. Tengo gran interés en continuar con Dago Corsi.

—¿Con un bandolero que terminará de mala muerte?

—Tengo pacto de alianza con él. Vamos a correr muchos riesgos, y no quiero hacértelos compartir. Te esperan tus familiares.

—Por ellos, accedo. Pero un día volveré… Muy pronto…

Pareciéndole que le iba a costar el despedir, dijo bruscamente el castellano:

—Adiós, Mila… Nos volveremos a ver…

—Aguarda un instante, Delfín. ¿Por qué no abandonas esta existencia azarosa?

—No tengo un ochavo.

—Yo soy rica…

—Mucho. —Y se engalló el castellano. —Pero con el sentido que en madrigal les decimos en España a las lindas. Perdóname, Mila, pero siendo un vulgar «levante», tengo resabios de hidalgo, y como ellos te digo que cuando el hambre me tumba, el orgullo me levanta, y de mujer no quiero dote, sino amor…

—Te quiero… —susurró ella.

Hizo el castellano como si no hubiera oído. Apresuróse a salir, ondeando la mano.

Ya en las afueras del convento, atusóse el mostacho, recobró su andar de perdonavidas, y poco después subía a bordo.

—Hacemos rumbo a Ajaccio, señor pícaro —dijo Gallardo.

Agradezco tu discreción al no preguntarme referente a Mila. Era rica e ingenua, ¿sabes? Y también una romántica… Y yo sólo sirvo para engañar a tunantes… Y también prefiero la lucha continua, a esa pendencia alternada con paces, que es el matrimonio.

Sonrió el trovador. La nave capitaneada por el bretón Truand Lascar, que, levando anclas, movíase ya a fuerza de remos, siendo cómitres varios de los bandoleros de Vicenzo Fedele, iba dejando atrás el islote.

En las velas, los liberados cautivos y los cinco bretones cantaban alegremente la ruda canción del mar: la del hombre que sufre, lucha y vive intensamente…

Las olas abrían nuevos surcos. Había terminado el nefasto poderío de Abdul Hamez.

Nacía embrujado por el mar un nuevo pirata caballeroso: Luys Gallardo. Pirata y caballeroso, porque no tenía pabellón de nación, sino emblema de corazón y lema de virilidad: humillar al fuerte que mal empleaba su fuerza, y alegrar la pesarosa existencia del oprimido.

Pero el que ahora, pulsando las cuerdas de su laúd, pensaba en Altiera de Montemar, la dama que, a usanza de los andantes caballeros, se había forjado en ideal, ignoraba que Dago Corsi galopaba frenético hacia el lugar donde aquélla y su hermana Alicia

estaban presas, a merced de la sanguinaria y perversa Beatriz Goldstein.

Aunque también en el impulso del verdadero Dago Corsi existía un ignorado acicate misterioso: el Hidalgo Lunático.

PRÓXIMO EPISODIO

«EL HIDALGO LUNÁTICO».



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto su padre era ingeniero aeronáutico tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste y Arnaldo Visconti con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras pero también firmo sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.